

EDICIONES BISTAGNE



UNA MORENA Y UNA RUBIA



RAQUEL
RODRIGO
CONSUELO
CUEVAS
CONCHA
CATALA
PEDROS.
TEROL
GASPAR
CAMPOS
ANTONITO
RIQUELME

1
PTA

UNA MORENA Y UNA RUBIA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO - MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Pasaje de la Paz, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

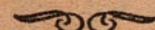
Una morena y una rubia

Producción nacional

Adaptación cinematográfica de la novela de **FRANCISCO CAMBA**,
de extraordinario éxito

Dirección y adaptación de **JOSÉ BUCHS**

Música del maestro **CALLEJA**



Exclusiva de
BALART Y SIMÓ
Aragón, 249
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTERPRETES PRINCIPALES:

Raquel Rodrigo
Consuelo Cuevas
Concha Catalá
Pedro S. Terol
Gaspar Campos
Antónito Riquelme
etc.

Una morena y una rubia

ARGUMENTO DE LA PELICULA

I

Verbena de San Juan.

Los sonidos de los organillos, los estampidos de los cohetes, los pregones de los vendedores de churros y de refrescos y la loca algarabía de la muchedumbre que llena por completo el Prado, turban la calma de la hermosa noche de junio.

Las hembras madrileñas acuden a la fiesta popular envueltas en vistosos mantones de Manila, más o menos auténticos, que realzan su belleza, de picante atractivo, y hacen que los hombres claven en ellas sus miradas con sensual codicia.

Van a la verbena impulsadas todas por la esperanza de hallar en ella la aventura inocente o escabrosa—según el modo de ser de cada una — que las releve siquiera por una noche de la triste monotonía de la existencia cotidiana. Y a lo mejor algunas pescan en la verbena al novio formal que acabará llevándolas a la vicaría más pronto o más tarde, que sorpresas mayores que ésta reserva a las muchachas esta clase de festejos.

No es una sola verbena que se verifica en la ciudad. Allí donde se

juntan cuatro vecinos de buen humor, arman en un periquete el holgorio con media docena de farolillos y un piano de manubrio, tomando por suya la calle del barrio bajo. Y, por otra parte, los castizos merenderos y hasta los hoteles y los restaurantes aristocráticos, también celebran la festividad del día.

Pero en estos últimos lugares la fiesta resulta lánguida y aburrida porque tiene exceso de ceremoniosidad y le falta el espíritu bullanguero y popular que es la sal y el alma de las verbenas.

Mavi Rendar se aburría solemnemente en el baile lujoso de uno de esos hoteles.

Ella era una muchacha toda dinamismo e impulsividad, incapaz de resistir una cosa tan insípida como aquél baile elegante, de extrema corrección, estaba resultando.

El mantón de Manila, que acariciando sus espléndidos hombros desnudos, parecía hallarse como cohibido, como desencajado en aquel ambiente falso, tan poco propicio a una prenda de este estilo, que parece requerir el lucimiento al aire libre, en medio de la alegría jaranera de la gente del pueblo, alegría imposible de ser contenida en-

tre cuatro paredes. Y como si el mantón, tirase de ella, Mavi experimentaba un deseo irresistible de huir de la fiesta elegante para correr a mezclarse con los que a dos pasos de allí, en el madrileñísimo paseo, sabían divertirse de veras, prescindiendo de la estirada etiqueta que, a su juicio, sólo servía para fomentar el tedio entre la gente joven y hacerle incurrir, a causa de éste, en fatales equivocaciones con las que pretendiera poder librarse de él.

Cada vez más la tentación de poner en práctica su deseo iba arraigando en su mente tumultuosa.

Mavi estaba acostumbrada a realizar siempre todos sus caprichos por difíciles que éstos fueran de satisfacer. Los obstáculos, morales o materiales, nada significaban para ella, que los saltaba sin ningún escrupulo, atenta sólo a que sus ansias juveniles no quedaran nunca defraudadas, costara lo que costase el lograrlas totalmente.

Y es que Mavi caminaba por la vida sin un freno moral que contuviese sus instintivos impulsos de muchacha, ya que, huérfana de madre, su padre, que vivía una vida desordenada y desligada por completo de todo afecto familiar, no se

preocupaba poco ni mucho de ella, dejándola sola en su palacete de la Castellana, donde nada le faltaba a Mavi... excepto el cariño y la protección de un ser querido que velase por ella.

Así el temperamento de la muchacha habíase ido formando con una libertad excesiva que había acabado por dotarla de una desocupación sin límites, o mejor dicho, limitada solamente por su propia voluntad, bien débil por cierto cuando de refrenar sus deseos se trataba.

Esa libertad que disfrutaba Mavi Rendar había sido causa de que tropezase en más de una ocasión con la maledicencia de las gentes que le achacaba aventuras que, en realidad, no podía asegurarse si habían existido o no.

Afianzaba a los murmuradores en sus sospechas el hecho de que Mavi poseyera un temperamento ardiente e impresionable, y el que se supiera que había andado en relaciones amorosas con sujetos que tenían fama de conquistadores, aun cuando a lo mejor esta fama se la adjudicaban ellos mismos sin más méritos que los que buenamente hubieran querido inventar.

En verdad, Mavi Rendal consti-

tuía una excelente presa para los gavilanes del amor.

Mavi era una mujer bellísima. Tenía una carita redonda, en la que no sabía qué admirarse más, si los ojos, enormes, de pupilas de un suave color de ámbar; la boca, grande, de labios bien trazados, gorduzuelos y sensuales; la graciosa hechura de la nariz, recta en conjunto, pero levemente respingadilla, o bien el picaresco hechizo que emanaba de su sonrisa inimitable.

Su loca cabecita la coronaba una deliciosa melena de un rubio platino, que tenía destellos de sol, y era digno complemento de su rostro.

Pero con ser éste muy bello, poco hubiera significado si a su hermosura no se uniera la de un cuerpo de magníficas líneas estatarias.

Todo en ella tenía un atractivo sensual imponente. Desde el color de su cabello hasta su voz, dulce, pastosa, de melodiosas inflexiones, o su andar rítmico y cadencioso.

Su nombre la definía acertadamente, pues "Mavi" era una graciosa contracción del castizo nombre de Maravilla. Y Mavi era eso: una verdadera maravilla, una cria-

tura de prodigiosa belleza y simpatía insuperable.

Los hombres subrayaban su paso—cuando ella se lucía en los paseos—with un rosario interminable de piropos que Mavi recogía como sentido homenaje a su hermosura y agradecía con una leve sonrisa de sus labios seductores.

La coquetería no era en ella un artificio, sino una gracia natural; algo consubstancial con su propio ser que, aun sin proponérselo Mavi, rendía las voluntades masculinas ante ella.

Esta era Mavi Rendar, la bella muchacha rubia, que aquella noche de San Juan se aburría soberanamente en el baile de un aristocrático hotel y añoraba el alegre bullicio de la fiesta callejera.

Sentada con unas amigas en torno de una mesita, Mavi les decía a éstas, con gesto de tedio:

—¡Chicas, qué plan más aburrido! ¿A vosotras os divierte esto?

—Hasta ahora, no—confesó una de sus compañeras.

—¡Claro! Como que la diversión está ahí enfrente: en la verbena de verdad—arguyó Mavi, con viveza.

—¿Sí, eh?—terció la otra ami-

ga, incrédula—. ¡Ya lo creo que debe ser divertido! No habrá más que muchas apreturas y pisotones.

—Bueno, ¿y qué? Pero la gente que hay allí es la que se divierte de lo lindo—repuso Mavy, y con entusiasmo agregó—: Si fueseis castizas, si nada más que fueseis madrileñas de veras, dejábamos esta pelmacería y nos íbamos ahí fuera a ver qué pasa.

Las amigas se escandalizaron.

—¡Mujer, eso es una locura estando tan próxima tu boda! —advirtió una de ellas.

Mavi se encogió de hombros.

—¿Es ése el único inconveniente? Pues, hijas, no me asusta. Ya veis, yo soy la que más tiene que perder, que al fin y al cabo vosotras no arriesgáis nada, y, sin embargo, no me arredro por eso. Y además, que dar una vuelta por la verbena no tiene nada de particular. ¿Qué, os animáis?

Aún permanecieron un momento indecisa las compañeras de Mavi, pero al cabo terminaron por darle la razón a ésta, y las tres salieron del salón procurando no ser vistas, y ganaron la calle por una puerta accesoria del hotel.

II

Mavi suspiró al hallarse al aire libre. Le parecía como si saliera de una atmósfera asfixiante y respirase al fin otra más pura que le hacía revivir.

En realidad poca diferencia había entre la pesadez del ambiente del hotel y la del ambiente de la verbena como no fuera en la disparidad de olores, pues si en aquél la abundancia de perfumes caros mareaba, en ésta el tufo del aceite de los puestos de churros casi daba náuseas.

Las tres amigas penetraron en el recinto de la verbena alegremente, entre un chaparrón de piropos atrevidos.

Mavi era feliz. Aunque nacida en cuna distinguida, su alma tenía esencia democrática. Amaba el pueblo y sus costumbres típicas, y entre la gente artesana le parecía hallarse como en su propio medio.

Con francas carcajadas acogía los chicoleos de los hombres que no

podían sustraerse a hacer patente su admiración por la esplendente belleza de la muchacha.

También sus acompañantes recibían muestras de esta admiración popular, pero hay que confesar que en eso de cosechar piropos era Mavi quien se llevaba la palma entre las tres.

—¡Chicas, estamos dando el golpe! —dijo una de las amigas.

—¿No os lo decía yo? Ahora sólo nos falta enganchar a uno.

Y como si las palabras de Mavi hubieran hallado eco en las alturas celestiales, la joven hubo de detenerse porque los flecos de su mantón habíanse enredados en los botones de la manga de un muchacho de simpático aspecto, vestido con elegancia casi exagerada, el cual, al verse cazado con aquella red tan fina, y sobre todo al fijarse en el rostro y en el cuerpo de su gentil cazadora, sonrió con cierta socarro-

nería, y exclamó, poniéndose muy serio repentinamente:

—¡Qué barbaridad, cómo se ha enredado esto!

Mavi también fingió seriedad y hasta disgusto, pero en verdad estaba satisfecha de aquel incidente que bien pudiera ser el comienzo de una aventurilla trivial, como todas las suyas, que en el fondo, y a pesar de todas las murmuraciones, Mavi Rendar no había ido jamás en sus coqueterías más allá de donde le permitían y aconsejan su propio pudor y su dignidad de mujer.

—¡Qué rabia! — exclamó, taconeando con gracioso nerviosismo.

El muchacho la volvió a mirar con su sonrisita insinuante, y dijo:

—¡Hasta la voz y el geniecito me gustan! Digo, pues por mí ya puede esto quedar así para siempre, que para ver esa cara de gloria y ese cuerpo juncal consiento yo en que me tengan atado no con flecos de seda sino con grilletes.

Mavi no pudo contener la risa.

—Pues, hijo, no es para tanto — respondió.

—Para tanto, no; para mucho más.

Los dedos de Mavi, en su afán de desenredar los flecos, tropezaron con los dedos del muchacho,

que nerviosamente trataba de hacer lo mismo que ella, pero lo que conseguían entre los dos era todo lo contrario de lo que se proponían.

—Déjelo usted — dijo él —; a lo mejor esto es cosa del destino.

—¿Del destino nada menos? — le preguntó ella, con ironía.

—Ni nada más. ¡Pues poquito que le había pedido yo a Dios poder enganchar con una mujer así en la verbena! Porque es que a mí no me conviene ni tanto así estar solo.

—¿Le da a usted miedo?

—Mucho. Sobre todo cuando pasa por mi lado una mujer tan cabal como la presente y veo que se me escapa, dejándome sin medicina.

—¿Sin medicina?

—Sí, reina; sin medicina. Porque yo estoy muy malito del corazón y el médico me ha recetado para que me cure una hembra precisamente como usted, con esa cara y esos ojos, y esos labios que...

—No irá usted a decir que ni pintados — le atajó Mavi riendo.

—¿Y qué me importa a mí que lo estén, si de todas maneras están para comérselos?

Mavi escuchaba las palabras del muchacho con una cierta emoción que le hacía estremecerse voluptuosamente.

samente. ¡A ver si no era preferible escuchar en la verbena aquellos toscos, pero sinceros madrigales a su hermosura, en lugar de hallarse en el aristocrático baile, oyendo las procacidades de cuatro señoritos mal educados!

No se arrepentía Mavi de su escapatoria. La cosa comenzaba bien. Y aunque imaginaba que aquello no habría de ir muy lejos, estaba dispuesta, si no terminaba todo con el desenredo de los flecos, a dejarse conducir por la corriente de los acontecimientos.

—No siga usted martirizándose esos deditos de rosa, porque esto no tiene arreglo — le dijo el muchacho, jovialmente.

—Entonces ¿qué le parece a usted que podemos hacer? — inquirió Mavi, con pregunta que era casi una incitación.

—Pues dejar en paz los flecos y seguir juntos — declaró él sin rodeos —. Estoy en fondos y las convido a ustedes a lo que quieran. ¿Hace?

Mavi, encantada con la proposición, consultó con picaresca mirada a sus amigas.

Estas asistieron con sus risas.

Y el muchacho, viendo que las tres se mostraban propicias a su in-

vitación, decidió la situación dando media vuelta, poniéndose así a la par de Mavi, e iniciando la marcha junto a ella.

Y en aquel momento, el fleco del mantón, como si comprendiese que ya había cumplido su cometido con resultado excelente y no le quedase, por lo tanto, ya nada que hacer en el botón en que se había enredado, se soltó suavemente de éste.

Mavi y el joven se miraron a los ojos y se pusieron a reír.

Y como si esta sonrisa fuera el tácito consentimiento de la muchacha a la proposición de él, ambos echaron a andar, verbena adelante.

Una vendedora de claveles se les acercó, y el muchacho adquirió toda su mercancía, que repartió entre sus tres lindas acompañantes.

Juntos los cuatro recorrieron toda la verbena, visitando sus muchas atracciones.

Como una chiquilla, disfrutaba Mavi derribando muñecos en el pim-pam-pum, montando en los caballitos del tiovivo, balanceándose en los columpios o bailando con aquel muchacho simpático y dicharrero que no cesaba un instante de ponderar su belleza y de mostrarse atento a satisfacer todos sus caprichos.

Y llegó un momento en que Mavi tuvo que confesarse a sí misma que se hallaba profundamente interesada por el guapo muchacho.

En su fuero interno se decía que al fin había logrado hallar un hombre de verdad, que sabía tratarla con respeto y que no había llegado hasta ella siguiendo el tortuoso camino de un inconfesable interés o de una pasión bajuna, sino espontáneamente y con la alegría propia del ambiente en que el encuentro había tenido lugar.

Mas... ¿de qué habría de servirle éste al fin y al cabo?

Seguramente aquel joven no era de su categoría social, mas... aunque lo hubiese sido, su destino estaba ya marcado. Ella habría de contraer matrimonio dentro de poco con el duque de Alcor, un distinguido aristócrata al que ya hacía tiempo tenía otorgada su palabra de casamiento.

Esta era la tragedia moral que entristecía su alma, pues Mavi no iba a aquel matrimonio impulsada por el amor, sino por conveniencias de índole muy distinta. Ella estaba muy sola, y necesitaba la ayuda y el prestigio que aquel aristócrata podría darle y que acallarían las murmuraciones de aquellos que po-

nían su reputación en entredicho. ¡Sus locuras de chiquilla irreflexiva las pagaba bastante caras al final!

Por unos instantes meditó que con un hombre como aquel que a su lado llevaba toda la noche, podría ella haber sido feliz durante toda su vida, casándose con él, pero... la suerte estaba ya echada y no había ni que pensar en volverse atrás.

Lo mejor sería no ponerse a meditar después en las posibles consecuencias sentimentales que de continuarla podría haber llegado a tener su aventurilla verbenera y conservar únicamente un dulce recuerdo de ella, como algo inefable que supo sustraerla del tedio de una noche de fiesta mundana.

A primeras horas de madrugada, sentados los cuatro en un puesto de refrescos saboreando unas horchatas, Mavi le preguntó a su galante compañero:

—¿Y usted qué es?

—Yo? Mecánico — respondió el muchacho.

Mavi le miró a los ojos y sonrió, como disculpándole esta mentirilla.

Era imposible que fuese lo que le había dicho. Se le advertía demasiado fino, demasiado elegante

para ser un obrero. Probablemente trataba de embromarla con sus palabras; pero como él no denotase en su rostro ninguna señal que diera motivo para cogerle en engaño, Mavi acabó por preguntar, perpleja:

—¿De veras?

—¿Por qué iba a mentir? —exclamó él.

Mavi quedó pensativa.

Nunca hubiera podido suponer tal cosa.

Una de las amigas consultó su reloj y advirtió que se hacía demasiado tarde y era preciso marcharse.

Mavi miró a su vez su relojito de pulsera, y exclamó con disgusto:

—¡Es verdad! Vámonos.

Las amigas tendieron la mano al muchacho y le dieron las gracias por todas las atenciones que con ellas había tenido.

Al despedirse Mavi, él retuvo su manita largo tiempo entre su ancha mano de trabajador.

Y la muchacha lo notó tembloroso, como embargado por una extraña emoción.

Le miró a los ojos.

Y sorprendió en ellos una mirada de ansiedad y de angustia.

—Adiós — murmuró Mavi, sonriente.

El, sin soltar su mano, le preguntó con anhelo:

—¿Y se va usted a ir así, sin dejarme una esperanza por leve que sea?

Mavi señaló los flecos rotos que él llevaba aún prendidos en el botón de la americana.

—Ya le dejo eso, ¿no le basta? —le dijo, con graciosa ironía.

—¡Vaya una cosa! ¡Unos flecos de mantón! —exclamó él, desalentado.

—No los desprecie usted tanto, amiguito — replicó Mavi con zalamera reticencia. Por un camino así, ¡quién sabe adónde puede llegar!

—¡No será al corazón!

—¡Cosas más difíciles se han visto!

Y en la mirada de la traviesa joven había tal promesa de esperanzas que su amigo de aquella noche creyó era un sarcasmo de ella y se revolvió en una suave protesta.

—No hay derecho a que se burle usted así de mí. Decir lo que usted ha dicho significa que algún día puede llegar a quererme. Pero me lo dice aquí porque estamos entre tanta gente y no hay miedo de

que me lo pueda tomar en serio. Pero ¿a que no me lo repite mañana estando los dos solitos?

Mavi miró en su derredor.

Sus amigas habíanse alejado unos pasos, y sabiéndose impune, respondió, con pícara intención:

—A lo mejor sí.

El rostro del muchacho se iluminó de alegría.

—¿Dónde la espero entonces?

Bajó la voz ella, y junto al oído le dió una dirección.

El pareció desconfiar.

—¿De veras? ¿Mañana? — inquirió, con ansiedad manifiesta.

—Sí. Pero cuidadito con seguirme ahora.

Y él la vió marchar ligera para unirse a las amigas.

Como extasiado la estuvo contemplando cómo se alejaba, riendo burlíosamente con sus compañeras.

¿Quién sería aquella mujer?

Esta era la pregunta que se formulaba su mente.

Durante toda la noche había estado pensando en lo mismo, e incluso estuvo tentado de preguntárselo a ella, pero había preferido callar por discreción.

Algo había en su corazón que le decía que aquella aventura no había de acabar allí. Y este rayito de esperanza le inundaba el alma de alegría.

III

Luis González tenía en verdad el oficio de mecánico, pero aunque era un experto operario, le gustaba más divertirse y vestir bien que trabajar en su oficio.

Tenía un espíritu soñador y romántico. Y quizás hubiese sido ca-

paz de grandes proezas si hubiera tenido ocasión de poder realizar alguna.

Guapote y simpático, no es de extrañar que tuviera mucho partido entre las mocitas de su barrio. Pero él solía desdeñarlas a todas por-

que el hombre se permitía el lujo de tener sus ambiciones amorosas y no se conformaba con lo primero que se le presentaba.

Entre sus admiradoras había una que pretendía haber interesado su corazón.

Esta era Paloma, una muchacha que, como suele decirse, habíase criado con Luis, pues ambos habían nacido en aquella misma casa de vecindad en la que aún residían, y juntos habían celebrado sus juegos en su anchuroso patio.

Por esta circunstancia los dos muchachos profesábanse mutua estimación.

Al hacerse mayores, esa estimación fué tomando otro cariz sin que al principio ellos mismos se dieran cuenta de esta metamorfosis.

Pero un día, sin saber por qué, Luis se sintió pasajeramente atraído por Paloma, y entre ellos comenzó algo así como unas relaciones amorosas que hizo a la joven forjarse una serie de venturosa fantasías que quizás nunca llegasen a cuajar en realidad, pero que ella continuaba abrigando a pesar de los continuos desdenes y achares que sufría al enterarse de que Luis iba

por Madrid con otras mujeres dándoseles de potentado con sus trajes

impecables — cuyo importe quizás lloraba por perdido el sastre que los había hecho — y sin dos reales en el bolsillo.

Luis estaba pesaroso de haber iniciado aquel juego con Paloma, pues ahora ésta se creía con derecho a fiscalizar sus actos y pedirle cuenta de ellos.

La verdad es que no sabía cómo quitársela de encima.

Acostumbrado a ver y a tratar a mujeres bien vestidas y arregladas, Paloma le inspiraba desprecio, pues la chica, que tenía que encargarse de todos los quehaceres de su casa, no disponía de tiempo para cuidarse de sí misma, y siempre iba sucia y desgreñada, de tal modo que nadie podría adivinar que bajo aquellos vestidos destrozados y llenos de lamparones, y de aquellos pelos en revolución, se ocultaba una mujercita capaz de desbancar a muchas que presumían de belleza.

A la mañana siguiente de la verbena de San Juan, Paloma, a la puerta de su casa, en el gran patio de vecindad, se encontraba lavando un enorme montón de ropa en un lavadero de madera.

Estaba furiosa, y su furor lo pagaban las piezas de ropa que co-

gían sus manos y las cuales eran golpeadas por la badila con tal coraje que más dijérase que se hallaba apaleando a una de aquellas rivales en amores que pretendían robarle a su Luis.

Pero en realidad no era contra estas que sentía rabia aquel día sino contra él por haberle prometido llevarla a la verbena la noche anterior y cuando llegó la hora, el pollito tomó la del humo.

Además, algún alma piadosa la había enterado de que él había estado toda la noche con una rubia...

En aquellos momentos, Luis, en un rincón del patio, se hacía lustrar los zapatos por Riquitrum, un golfito que vivía en la misma finca y gozaba de gran popularidad entre sus vecinos. Quería ir el mozo lo mejor posible a aquella cita venturosa, cuya llegada le había tenido desvelado durante toda la noche.

Una inquietud extraña le desazonaba; la inquietud de que "ella" se hubiese burlado de él como de un parvulillo. ¿Sería verdad la cita prometida? ¿Tendría él la dicha inenarrable de enamorar a aquella mujer excepcional?

La incógnita de su personalidad también asaltó nuevamente su cerebro. Y una sospecha que cada vez

tomaba más incremento, le ponía triste y pensativo. ¡Ella no debía ser de su clase! Había demasiado empaque y señoría en sus maneras para que se la pudiera confundir con una obrerita vestida de día de fiesta. Y si esto fuera así, las ilusiones que había concebido se desvanecerían como humo.

El limpia terminó su trabajo—una verdadera obra de arte betunelar—, y Luis lo recompensó espléndidamente con dos suproníqueles.

Impaciente por si llegaba su dama antes que él al sitio prefijado, atravesó el patio de prisa, procurando esquivar a Paloma, pero ésta le dió el alto para espantarle el chorro de quejas que tenía contra él.

Luis se detuvo con verdadero desagrado. Y cuando juzgó que la chica habíase desahogado del todo, le preguntó sin intimidarse:

—Has terminado?

Paloma le miró con rabia reconcentrada.

—No, no he terminado, que aún hay más — dijo, entre dientes; y tras una corta, pero amarga pausa, añadió: —Ya sabes que anoche te vieron en la verbena?

Luis palideció. Pero tuvo el suficiente cinismo para replicar:

—Y tú ya lo sabes todo, ¿ver-

dad? Pues si lo sabes, estamos al cabo de la calle.

Y avanzó dos pasos, dando por concluído su diálogo con Paloma.

Sus palabras produjeron honda pena en el ánimo de la muchacha, pero ésta no logró desbancar su coraje, el cual la impulsó a plantarse delante de Luis, y preguntarle, con la muerte en el ama:

—¿Qué quieras decir, Luis? ¿Que todo ha acabado entre nosotros?

El se alzó de hombros.

—¿Acabar? No creo que nada hubiese comenzado todavía. Yo no tengo la culpa de que tú hayas tomado la cosa tan por lo serio—dijo con inconsciente crueldad.

Paloma le contestó con una serie de improperios, y procurando contener su dolor, fingió desdén por él. Mas cuando Luis hubo desaparecido del patio, no pudo contener sus lágrimas y lloró copiosamente mientras que él caminaba hacia donde hallaría la dicha, materializada en aquella divina mujer rubia.

IV

Mavi tomó un taxi, y en su interior se quitó el gorrito, que dobló cuidadosamente, y lo metió en el bolso.

No quería presentarse a él con sombrero, porque su ilusión se cifraba en que la tomase por una muchacha de su igual y así sus corazones se entenderían mejor que si Luis supiera que se trataba de una

señorita distinguida, pues en este caso podría recelar fuese una aventurera que sólo viese en él un instrumento de sus caprichos.

Y eso no, prefería que su aventura muriese en sus comienzos antes de que Luis llegase a creer tal cosa.

Porque ella le quería.

Le quería con toda la pasión y

el egoísmo de que era capaz su temperamento inquieto e inflamable. En una noche, Mavi había logrado cristalizar sus ensueños de juventud, tan locos y tan dispersos, en el hombre aquel que había sabido en un instante captarse sus simpatías.

Luis se le había metido corazón adentro. Pero su innata volubilidad le obligaba a hacerse esta pregunta: ¿Lograría arraigar en él? ¿Duraría su amorosa turbación mucho tiempo?

El taxi se detuvo donde él la esperaba.

La sangre aceleró su circulación en las venas de Mavi al divisarle.

Sus diestras se unieron en un efusivo apretón que demostraba la emoción que poseía a ambos.

Luis quiso que se sentara con él en el bar en que había estado esperándola, pero Mavi se encontraba allí intranquila. Había mucha gente y alguien podría llegar a reconocerla. Mejor sería que se fuesen a un lugar más solitario.

Y hacia la Moncloa encaminaron sus pasos.

Allí por los paseos bordeados de la sombra amable de los árboles, iban ambos como dos novios, paseando muy juntitos, los rostros son-

rientes y los ojos brillándoles enfebrecidos.

En un banco solitario, escondido entre los parterres, fueron a sentarse.

Luis la hablaba con apasionamiento, teniendo sus manos cogidas entre las suyas.

Sus palabras arrullaban los oídos de Mavi como una música divina y hacían palpititar su corazón con ardor.

Nunca le habían hablado así. Y ella se entregaba rendida al hechizo de las frases apasionadas y sinceras que le mostraban el fondo del alma del muchacho.

—¡Qué quiere que le diga! —exclamó éste en uno de sus raptos de entusiasmo—. Yo no sé qué va a ser de mí si usted no llega a quererme.

—Entonces será mejor que no le quiera — replicó Mavi, graciosamente.

—¡Eso de ninguna manera! Lo que yo quisiera es que usted dijese que usted tenía necesidad de un cariño y no le disgustaría que yo me encargara de proporcionárselo. Pero usted no sería capaz de eso.

Mavi le miró a los ojos sonriente y repuso, intencionada:

—¡Pues cuando he venido, por algo será!

Su sonrisa era tan prometedora, que Luis, fascinado con ella y ardiendo en deseos de besar aquellos labios floridos que dejaban entrever el fulgor de unos dientes blanquísimos que parecían tener el oriente de las perlas, pasó un brazo por su espalda y la fué atrayendo hacia él, lentamente, como complaciéndose en retardar el momento de unir su boca a la de ella.

Mavi dejábale hacer, rendida su voluntad. Los ojos se le cerraban voluptuosamente y sus labios tenían un casi imperceptible temblor de pasión.

Y en el momento en que las bocas de ambos iban a fundirse en el anhelado primer beso que sellara el comienzo de su idilio y diera testimonio de él, apareció ante ellos un guarda de terribles bigotazos, quien se plantó muy serio, mirándoles inquisitorialmente durante unos momentos.

Mavi y Luis se desconcertaron. Pero, afortunadamente, el celo-

so guardián de aquellos jardines, se alejó lentamente y desapareció detrás del ramaje.

Los enamorados quedaron mirándose el uno al otro y soltaron una sincera carcajada al mismo tiempo.

—¡Este hombre vuelve! — exclamó Mavi, con gracioso desenfado.

Y propuso a Luis cambiar de sitio.

Después de mucho buscar encontraron al fin un banco mucho más oculto que el anterior, y en él se refugiaron contentos. Pero antes de que pudieran empezar ni a hablar siquiera, el grotesco guarda apareció de nuevo a la vista de ambos, dirigiéndoles sus miradas fulminantes.

Mavi se levantó con ira de su asiento y obligó al muchacho a que le siguiera, mientras decía en voz alta, mirando con desprecio al terrible y virtuoso guardador de la moralidad pública:

—¿Qué se habrá creído este hombre? ¡Nos ha fastidiado!

V

Comieron y pasaron la tarde alegramente, en un merendero de la Bombilla.

Bailando, con los cuerpos unidos y muy juntas las caras, los dos enamorados fueron muy dichosos, pues se hacían la ilusión de que ya eran el uno para el otro y nada podría separarlos.

Mavi admiraba la delicadeza de Luis, que no se propasaba con ella en lo más mínimo. Su mano la sentía en la cintura como una cosa ingravida. Y a veces, con aquella peculiar exaltación de su temperamento que la caracterizaba, hubiera querido que él se mostrase menos circunspecto, abrazándola con rabia, con locura, hasta que le hiciera daño y sintiera como si le quebrase la cintura con la opresión de su brazo.

Al regresar, como fuera aún demasiado temprano, decidieron pasear de nuevo por aquellos jardines

que habían visitado por la mañana.

La noche había cerrado ya, y su oscuridad era un aliciente para las parejitas de enamorados como ellos, las cuales abundaban más de la cuenta por aquellos lugares.

Mavi quiso poner las cosas en claro, preguntando a Luis:

—Vamos a ver. ¿Tú qué estarías dispuesto a hacer por mí?

—Todo — respondió él, sinceramente.

—Pues bien. Yo sólo te exijo una cosa: que no preguntes nada respecto a mí.

—Bien.

—Ni siquiera quién soy. Y desde el momento en que no te conformes y te metas donde no debes, todo se habrá acabado. ¿Entiendes?

—Perfectamente. Pero al menos dime cuál es tu nombre. Yo te he dicho ya el mío, y, sin embargo, tú te obstinas en que no conozca el tuyo.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

Mavi dudó un momento. Y al fin dijo:

—Es justo lo que pides. Llámame Maravillas.

—¡Lo debí haber supuesto, nena! Porque para maravilla, tú.

Anduvieron abrazados por la cintura un buen trecho, saboreando la delicia de aquella soledad grata a sus deseos de enamorados.

Mavi hubo de romper el encanto de aquel momento con la dura realidad, que a todo se impone.

—Bueno, Luis — dijo —. Tengo que marcharme ya.

—No será sin decirme dónde hemos de vernos — replicó vivamente el joven.

—Naturalmente, tontín — le dijo ella, con la más deliciosa de sus sonrisas —. Pasado mañana, a la hora de hoy, vas a la calle que linda con la Ribera del Manzanares, al número catorce.

—¿Y por quién pregunto?

—Por nadie. Ya estaré yo al acecho. ¿Comprendes?

—Sí.

—Pues, entonces, hasta pasado mañana.

Luis la rodeó la cintura, quería obtener de sus labios el beso que tanto había anhelado.

Ella no le rechazaba en modo al-

guno; antes al contrario, su rojo hocicoquito se le brindaba propicio, fruncido deliciosamente.

Mas he aquí que en el preciso instante en que iba a probar la miel de aquella boca jugosa como un fruto tropical, surgió de entre los macizos de un parterre el funesto guarda de los enormes bigotes.

Los dos quedáronse cortados sin saber qué hacer, mientras que el guarda los contemplaba con el ceño fruncido.

Mavi se irguió desafiante.

¡Era insopportable que aquel tipo se mezclase ya tanto en sus asuntos particularísimos!

Había que darle una buena lección.

Y sin encomendarse ni a santos ni a demonios, cogió con ambas manos el rostro de Luis, y ante la estupefacción del celoso funcionario le estampó un largo beso en plena boca al muchacho.

Después, haciéndole un gracioso mohín de burla, como diciéndole “¡fastídate!” se marchó rápidamente, mientras decía adiós con la mano a Luis.

Y el guarda quedó mascullando improperios y juramentos contra aquella señorita que se reía de él en sus propias barbas. Y, entretan-

to, Luis procuró rehuir el bulto por si a aquel hombre se le ocurría to-

mar en él represalias por la mofa de que le había hecho objeto Mavi.

VI

La señora Sinibalda, la lavandera, se extrañó infinitamente de que la señorita la mandase llamar a sus habitaciones particulares.

Mavi estaba tomando su baño matinal. Y hasta el agua parecía sentirse gozosa de acariciar aquel cuerpo espléndido de carnes, de rosa y de seda.

Envuelta en un albornoz, recibió Mavy a la lavandera y le expuso un proyecto que tenía pensado para cuya realización era necesario que la señora Sini diera su aprobación, cosa que ya de antemano tenía descartada la bellísima muchacha.

Se trataba de que la lavandera le prestase su casa para celebrar en ella sus entrevistas con Luis sin temor a comprometerse.

Mavi tenía una confianza ciega en su lavandera, la cual no podía

olvidar que, gracias a la señorita, su Viriato era guardia de la porra, y por eso no dudó en hacerle tal proposición.

Desde luego irían a las horas en que Viriato estuviera de servicio para que éste no se enterase de nada, pues no estaba bien mezclar a todo un honorable agente del tráfico en aquel asunto amoroso.

Sinibalda accedió a regañadientes, pero accedió al fin, y hasta prometió que si era preciso obligaría a su marido a que se quedase a la puerta de la calle, dando guardia a ésta, mientras los enamorados desenvolvían el ovillo de sus diálogos, llenos de dulces trivialidades.

Para Mavi, como para Luis, el día aquel se hizo larguísimo, casi interminable, en espera de que lle-

UNA MORENA Y UNA RUBIA

gase el ansiado momento de verse de nuevo.

A Luis no le cabía la menor duda ya de que Maravillas era una mujer de otra esfera, pues de no serlo no andaría con aquellos misterios y aquellas súplicas para que no se enterase de su personalidad. Pero esto le tenía sin cuidado, o antes al contrario, aún le prestaba, su loca fantasía, mayor aliciente a su aventura. ¡El, enamorando a una damita de la aristocracia y a la vez perdidamente enamorado de ella! Nunca hubiera podido soñar semejante trance tan novelesco.

¡Y, entretanto, Paloma bebiendo la hiel de sus desdenes!

Gracias a que la muchacha logró encontrar una buena persona, un alma de Dios, que apiadada de sus desgracias, quiso consolarla con sus buenos consejos.

Era esta persona don Aquilino, o mejor dicho, don Aqui, a secas, que de este modo le llamaba todo el mundo.

Don Aqui era un extraño personaje que apareció de repente en la casa de vecindad, en la que ocupaba el cuarto de un amigo suyo que se hallaba ausente.

Don Aqui era la mar de célebre. Tenía cumplidos los sesenta ya, pe-

ro, a pesar de ello, nunca perdía el buen humor.

Ninguna adversidad le espantaba, porque, según él mismo decía, las conocía a todas y ya tenía demasiada amistad con ellas para que pudieran cogerle desprevenido.

Nadie sabía de lo que vivía don Aqui, puesto que nunca se le veía trabajar.

Y si por casualidad alguien le nombraba el trabajo, él exclamaba: "¡Vade retro!", y se le ponían los pelos de punta.

Tenía a gala no trabajar, porque para eso era de Los Benimerines, el pueblo heroico que prefirió sucumbir antes que trabajar.

El trabajo era una cosa indigna, que rebajaba la condición moral del hombre hasta llegar a embrutecerle por completo.

¡Guerra al trabajo! Este era su lema.

Y él lo cumplía al pie de la letra.

Claro está que el seguir esta doctrina, le había llevado a una conclusión lógica e irrefutable, que era el hecho innegable de que nunca tenía una perra chica en los bolsillos. Pero él poseía un espíritu heroico que por nada se arredraba.

¿Que hoy no tenía dinero? ¡Pues

quién sabe si al día siguiente se vería transformado en un millonario!

Por supuesto, que esto habría de suceder por arte de birlibirloque, que lo que es trabajar... ¡Vamos, él no estaba loco ni mucho menos!

Don Aqui vestía siempre traje negro, corbata de lazo de mariposa o chalina, y un sombrero de anchas alas, indumento que le daba todo el aspecto de un artista bohemio.

Y algo de artista debería tener cuando en el Círculo de Bellas Artes era admitido y conocía a todos los pintores y escultores, habidos y por haber.

Don Aqui y Paloma simpatizaron desde el primer momento.

Y al verla sufrir por aquel mocito que sólo le daba achares, don Aqui se esforzaba en consolarla y aconsejarla, como ya se ha dicho.

La mañana en que Mavi y Luis habían de tener su primera entrevista en casa de la lavandera, el mocito pasó indiferente ante Paloma, saludando sólo a don Aqui, que se hallaba a la puerta de la casa de la muchacha, saboreando un plato de lentejas que le había proporcionado Paloma, apiadada de su situación.

Llena de indignación, la chica

estrelló contra el suelo un plato en el que traía más comida para don Aqui, quien quedó con una cara tan compungida que parecía acababa de ocurrirle la mayor desgracia del mundo.

—¡Charrán! —le gritó Paloma al desdénoso.

Y cerró los puños con ira.

Don Aqui la miró con lástima.

—Se conoce que no te ha visto, ¿eh? —le dijo.

—¡Ese ladrón hace unos días que no ve a nadie! —contestó Paloma, ronca de coraje.

—Por lo que me has contado, tú solita te tienes la culpa —arguyó don Aqui.

—¿Yo? ¿Pero qué puedo hacer yo para evitarlo?

Don Aqui le dió en seguida la solución infalible y única:

—¡No trabajar!

—¿Y de qué vamos a comer mi madre y yo si yo no trabajo? ¿Es que usted no trabaja acaso para ganarse el piri?

—¿Trabajar yo? ¡No me he atrevido jamás! Y, sin embargo, ya me ves. Si hubiera trabajado no habría llegado a mis años tan fresquito y alegre. Créeme, chiquilla. No trabajes más. Todo el tiempo que empleas en lavar pingajos, dedícalo a

arreglarte y cuidar de tu belleza. ¡Si supieras lo bonita que eres tú, con esos ojos negros y ese pelo más negro todavía, que bien arreglado parecería de azabache!...

—¡Vamos, ande, don Aqui! ¡Mire que decir que soy bonita yo!...

—exclamó Paloma, halagada con las palabras del viejo.

—Porque no te cuidas no lo pareces. Pero si te acicalases un poco, yo te aseguro que ese pollo vendría a ti hecho una miel.

Paloma quedó pensativa junto a su potro de tormenta: aquel tosco lavadero de madera que iba consumiendo criminalmente su juventud y su belleza.

Sin darse cuenta, se llevó las manos a la nuca y se recogió con una coquetería instintiva las greñas que le caían sobre la cara.

Y de pronto se fijó en que el agua limpia que contenía la tina, reflejaba su rostro, libre de aquellos pe-

los que siempre llevaba ante los ojos, ocultándole éstos como una celosía.

Y comprendió que don Aqui no había hablado por hablar, pues, efectivamente, era bonita, muy bonita; pero jamás se había preocupado de hacer valer su belleza.

En su ánimo nació una decisión enérgica. Seguiría los consejos de don Aqui. No trabajaría más. Y si su madre se quejaba, que aguantase un poquito, que bastante se había sacrificado por ella, desde que tenía uso de razón, podía decirse. Justo es que ahora su hija reclamase un poquito, sólo un poquito de su derecho a ser feliz, o cuando menos de intentar recuperar su felicidad.

Don Aqui estrechó su mano, emocionado al ver que había logrado hacer un prosélito más para la santa causa que defendía los beneméritos.

Cuando Luis penetró en la modestísima salita de casa de la la-

vandera, Mavi lo acogió con un fuerte abrazo y lo besó con pasión.

Ella le arrastró alegramente hasta un antiguo sofá de anea, obli-
gándole a sentarse a su lado, cari-
ñosamente.

Luis estaba un poco sorprendido de aquel ambiente, en el que tan mal encuadraba la gentil figura de Mavi, y no hacía más que contemplar todo cuanto había en la habi-
tación, con extrañeza.

Mavi se dió cuenta de ello, y le preguntó:

—¿Te gusta mi casita?

—Pero es que vives aquí? —dijo él, dubitativo.

—Pues dónde querías que viviese, tontín?

—Para ti, un palacio me parecería poco.

Mavi le miró, levemente sobre-
saltada.

—No sé qué ilusiones te habías hecho respecto a mí—dijo con vi-
veza—. Yo soy sólo una trabaja-
dora.

Luis miró sus manos, sus uñas de coral que parecían gemas engarzadas en el marfil de los dedos largos, finos, impecablemente diseña-
dos.

—Trabajadora tú? ¿Con esas manos?—exclamó.

—Bah! Es solamente el arreglo

—repuso ella, fingiendo indiferen-
cia.

Luis movió la cabeza negativa-
mente, demostrando su duda.

—¿Entonces, por qué tienes tan-
to miedo a que te vean? ¿Por qué
no puedo preguntar nada acerca de
tu vida?

—Pues ahí tienes tú. No todo
puede decirse—replicó Mavi, azo-
rada.

Bajó la cabeza el muchacho an-
nulado. Sus ilusiones se derrumba-
ban estrepitosamente. ¿Sería Mavi
lo que él no hubiera querido nun-
ca creer?

—Bien—dijo—. Lo mejor será
entonces que dejemos las cosas co-
mo estaban antes de seguir adelante.
Porque con una mujer de la cla-
se de uno, a todo se puede aspirar.
Pero no, siendo así, porque enton-
ces lo nuestro no podría llegar a
ser lo que debe ser.

Mavi permaneció silenciosa unos segundos. Después se apretujó contra él, cariñosa, y le dijo:

—Suponte que yo no lo mere-
ciera.

Vivamente la atajó Luis:

—Y si yo estoy dispuesto a per-
donar lo que sea?

—Y casarte conmigo?—le dijo
ella, burlona.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

—Si pudiera ser, sí.

Mavi dudó qué contestar.

—No puede ser—declaró al fin,
riendo.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Sólo hay un impedimento. Y
es que estuvieras casada.

—Pues figúrate que lo estoy.
Luis no se daba por vencido.

De pronto su mirada descubrió
un retrato ampliado de un grotesco
personaje, que había colgado sobre
la cómoda. Y señalando con el de-
do, preguntó, jovial, a Mavi:

—¿Con quién? ¿Con ése?

La preciosa rubia miró donde él
indicaba y soltó una carcajada.

Aquella fotografía era la fiel re-
producción de Viriato, el marido de Sinibalda.

El hombre estaba imponente, ves-
tido de guardia urbano, con el cas-
co en una mano y en la otra empu-
ñando la porra, cuya extremidad
apoyaba con afectación en la ca-
dera.

Viriato era un castigador, y por
esta razón se había retratado en
aquella pose tan despampanante,
luciendo su bigote—que cada guía
era un pararrayos—, y con una caí-
da de ojos mortal de necesidad.

¡Qué ajeno estaba el mayestáti-

co guardia de la porra de que su
“vera efigie” servía en aquellos mo-
mentos de diversión a una parejita
de enamorados! ¡Con la importan-
cia que se daba él!

Precisamente, mientras Mavi y
Luis seguían su amoroso coloquio,
Viriato, como un rey en su trono,
teniendo por cetro la porra que le
servía para regular la circulación,
escuchaba en una tasca el coro de
alabanzas de unos cuantos amigotes,
a los cuales acababa de relatar
sus aventuras “circulatorias amoro-
sas”, como él decía.

El señor Casiano, uno de sus pa-
negiristas, dándole unas cariñosas
palmaditas en un muslo, le decía:

—¡Hay que ver, Viriato! Verda-
deramente eres el “as” de la circu-
lación.

—¡Todo Madrid te admira!—co-
rrorizó otro contertulio.

Viriato, sin advertir el tono zum-
bón que los compañeros ponían en
sus palabras, se pavoneó cómica-
mente y se atusó su bigote de ratón
para decir:

—Pues *respective* a mujeres, no
digamos. En cuanto me ven funcio-
nar con la porra es que se derri-
ten.

Hubo un murmullo de general
aprobación.

—Oye—le pidió el señor Casiano—. ¿Por qué no nos cantas esos cuplés que te han dedicado?

Viriato se resistió a esta petición.

¡No había para tanto, señores! Su popularidad era muy grande, la verdad, pero... repetía: no había para tanto. Aquellos cuplés eran un exceso de dos de sus admiradores, y nada más. El reconocía que no los merecía.

—¡Pero, hombre! ¡No nos los vas a cantar tú y ya los cantan todas las modistillas?—dijo el señor Casiano, para vencer su resistencia.

—¡Las modistillas! ¡Hijas de mi vida! —exclamó Viriato enternecido, como siempre que le nombraban faldas.

Y a fuerza de muchos ruegos, Viriato se puso en pie y desenvainando la porra, cantó:

I

Es Viriato la figura que más llama la atención en Madrid, por su pupila para la circulación.

Viriato es ornato de la capital, y las madrileñas le cantan risueñas al ver cómo mueve su cuerpo juncal: ¡Ay, Viriato, Viriato, Viriato!
¡Ay, Viriato, qué guapo que estás! Con la porra en la mano, y el pito, eres un as, eres un as.

II

Soy el guardia de la porra más castizo y más juncal;

lleva casco o lleva gorra, siempre está piramidal.
Viriato es ornato de la capital, y las madrileñas le cantan risueñas al ver cómo mueve su cuerpo juncal: ¡Ay, Viriato, Viriato, Viriato!
¡Ay, Viriato, qué guapo que estás! Con la porra en la mano, y el pito, eres un as, eres un as.

Y sus cofrades, entusiasmados por el cuplé, comenzaron a corearlo, mientras Viriato mostraba sus aptitudes coreográficas haciendo unos cómicos pasos de danza.

Este era Viriato, aquel a quien Luis, en su supina ignorancia de las cosas grandes, habíase atrevido a hacer blanco de su burla.

Pero ya ¡quién se acordaba de Viriato!

Las horas habían ido pasando dulcemente, y con una rapidez inconcebible para los dos enamorados.

Luis tenía a Mavi enlazada por la cintura, sintiendo en su mano el calor inefable de su cuerpo, filtrándose a través del vestido, y aspirando su aliento perfumado. ¡Tan juntos estaban sus rostros!

De pronto Luis volvió a recordar la mentira de ella, y le reprochó, sonriente:

—¡Mira que tener el valor de decirme que estabas casada!...

Mavi le miró, con mirada que era una dulce provocación.

—¿Y si lo estoy?

—¿Pero es que te has propuesto volverme loco?—saltó él, desesperándose.

Mary, por toda respuesta, le rodeó el cuello con sus brazos desnudos, y atrayendo el rostro de Luis hacia ella estrujó sus labios con los de él, en un beso aniquilador e intensísimo.

Después quedaron mirándose venturosamente absortos, a los ojos, como tratando de profundizar en ellos y descubrirse mutuamente sus intenciones.

—¡Maravilla! — murmuró de pronto Luis, con tono suplicante.

Y Mavi le apartó bruscamente de sí, con prevención.

—¡No, Luis, no! — exclamó.— ¡Si tú supieras! ¡Si te dijese que a mí ningún hombre me ha besado, ni tocado siquiera!

Luis bajó la vista abochornado.

Pero el acento de la voz de ella se dulcificó para agregar:

—¡Pero tú... es distinto!

Y nuevamente se besaron, con locura, con desesperación.

—Ahora vete — le rogó ella.— Pero pasado mañana, otra vez aquí.

Antes de salir, la señora Sini le advirtió al muchacho que procura-

se no ser visto de la vecina que vivía en un zaquizamí que caía bajo la escalera.

Era una vieja mendiga que tenía ahorrados unos cuantos miles de pesetas, no obstante lo cual, pasaba una vida de privaciones y de miseria, sólo por el vesánico afán de ir acumulando unas cuantas monedas más sobre las que ya poseía y guardaba entre los forros de sus faldas pestilentes.

Aquella mujer, con el miedo de que le robasen sus cuartitos, tan angustiosamente reunidos, desconfiaba de todo el mundo, y por esta causa, a su juicio, no había persona alguna honrada, y en cuanto se forjaba la más leve sospecha de cualquier ser, hombre o mujer, ya lo estaba difamando con su lengua de víbora entre los corrillos de comadres del barrio.

Pero la advertencia de nada le sirvió, pues, a pesar de toda su precaución, cuando el muchacho ganaba ya el portal, se tropezó con la vieja que venía de la calle, quien comenzó a lanzar sobre la señora Sinibalda toda clase de denuestos, acusándola de tener relaciones íntimas con aquel perillán que en tal momento abandonaba su casa.

VII

Paloma había decidido seguir en un todo los consejos de don Aquí.

Y una mañana, su madre la sorprendió sufriendo heroicamente el suplicio de arrancarse uno por uno los pelos de las cejas. Y al reparar con más detenimiento en ella observó que iba muy compuesta y emperifollada.

—¡Anda! — exclamó la buena mujer con sorna —. ¿Es que vas a presentarte a un concurso de belleza?

—No, madre. Voy a dar una vuelta por las calles céntricas, para convencerme de si es verdad que se me puede mirar a la cara.

—Pues yo de lo que estoy convencida es de que tú no estás bien de la cabeza.

Paloma se alzó de hombros, y continuó embelleciéndose.

Fuera, en el patio, don Aquí, formando corro con otros vecinos, estaba de animada charla, entre tanto. Algunos hallábanse jugando

al tute alrededor de una mesita baja.

—¿Y de verdad no ha trabajado usted nunca? — le preguntó uno de los allí reunidos.

—Jamás! — repuso don Aquí, con dignidad —. El verdadero benimerín hasta suda de ver trabajar a los demás.

Uno de los jugadores, cachazudamente, arguyó:

—Pues no me lo explico. A mí me gusta darme buena vida como el que más, y, sin embargo, me parece que trabajo, y de firme.

La mujer del jugador, que con unas vecindonas hallábase a su lado, se volvió, extrañada.

—¿Tú, Reveriano? — exclamó.

—¿Y cuándo? Porque en veinte años de matrimonio, no te he visto dar golpe.

Todos rieron a carcajadas, mientras el aludido, para disimular, cantaba las veinte en copas.

En aquel momento cruzó el pa-

UNA MORENA Y UNA RUBIA

tio Paloma, y al verla tan transformada, se levantó un murmullo de admiración y todos comenzaron a gastarle bromas.

Pero ella pasó sonriendo, muy halagada del efecto producido, saludando a todos, sin detenerse.

—¡Esta, sí! ¡Esta ya es de mi pueblo! — estalló don Aquí, triunfalmente, al convencerse de que la chica había dado, por fin, una patafa al trabajo.

Y seguidamente se despidió de sus amigos para irse un ratito al Círculo.

Luis pasaba por delante de la terraza del Círculo de Bellas Artes, y al ver en ella a don Aquí, sentado ante una mesita disponiéndose a tomar café, se le acercó.

—¿Dónde ibas? — le preguntó don Aquí.

—A casa — respondió el chico.

—Pero al verle a usted se me ha ocurrido pedirle un favor.

—Tú dirás.

—Pues... Mire usted. Yo necesito trabajar, hacer algo, y como sé que usted conoce a mucha gente...

—¿Trabajar tú? — exclamó don Aquí, extrañadísimo, porque sabía que Luis era digno de ser un benimerín.

—Sí, señor. Me encuentro en un

momento especial de mi vida. Necesito dinero y...

—¿Es que piensas casarte?

—Si ella quiere...

—¿No lo sabes aún? Pues, hijo, no te entiendo.

—Es que se trata de algo que usted no sabe todavía. Voy a explicárselo.

Y Luis le refirió, punto por punto, sus amores con Maravillas.

Ningún detalle olvidó, pues incluso le refirió su encuentro con la vieja avara que guardaba miles de duros en sus sayas.

Don Aquí rió de buena gana este incidente. Y cuando Luis hubo acabado de hablar, le preguntó:

—Bueno, ¿y en qué puedo yo servirte? Tú dirás qué es lo que querrías hacer.

—Yo quisiera... — habló Luis — algo que no se me ocurre de pronto, pero que me diese a ganar en seguida bastante dinero...

Don Aquí se volvió airado contra un mendigo de aspecto sospechoso que hacía largo rato se hallaba allí junto a ellos, alargando la mano, a pesar de las dos o tres negativas del insigne benimerín.

—¿Se marcha usted o qué? — le dijo —. Ya hace media hora que le dije que se marchase. ¡Caramba,

qué pesadez! ¡No parece sino que le interesase escuchar lo que hablamos!

El pedigüeño se excusó con un gruñido y se alejó un poco.

Y Luis continuó, para exponerle sus deseos:

—Me gustaría, por ejemplo, ir de mecánico en un raid de aviación. ¡Eso da fama y dinero!

Don Aquí se entusiasmó.

—¡Bravo! Tú no pides trabajo, Luis. Tú sueñas con la aventura, y eso sí, eso es muy de nosotros los benimerines.

Luis sufrió gran decepción con estas palabras.

—Veo que usted lo toma todo a broma — expresó.

—¡No, hombre, no! — protestó don Aquí. — Lo que ocurre es que no es tan fácil lo que quieras.

Y echándose a reír le propuso festivamente a Luis:

—¿Sabes lo que podías hacer? Pues robarle una noche los cuartos a esa vieja que según tú tiene tantos.

La broma le supo mal al muchacho. Su caso era demasiado serio para que se le pudiera tomar en esa forma.

Y se marchó de allí con desagradable impresión.

A aquella misma hora, Mavi departía en su casa con aquellas dos amigas que le acompañaban la noche de San Juan.

Mavi les explicaba su plan de veraneo.

Repartiría el tiempo entre San Sebastián, Biarritz y San Juan de Luz. El caso era divertirse.

—¿Ya tienes fijada la fecha de salida? — le preguntó una de sus interlocutoras.

—No; pero seguramente este año me retrasaré. Está ahora Madrid muy interesante.

Las otras la miraron sorprendidas, y la que había hecho la pregunta, objetó, alzándose de hombros:

—Chica, la verdad. No sé por qué dices eso.

Pero Mavi sí lo sabía. El interés que Madrid ofrecía era para ella sola, y se condensaba en un nombre: Luis.

Esto era suficiente, en su ánimo, no sólo para retrasar, sino para no verificar siquiera el viaje.

Su doncella se le acercó y le dió un recado en voz baja.

Mavi rogó a sus amigas que la excusasen un momento y salió prisa a entrevistarse con una per-



Bailando con aquel muchacho...



Se hacia lustrar los zapatos por Riquitrum.



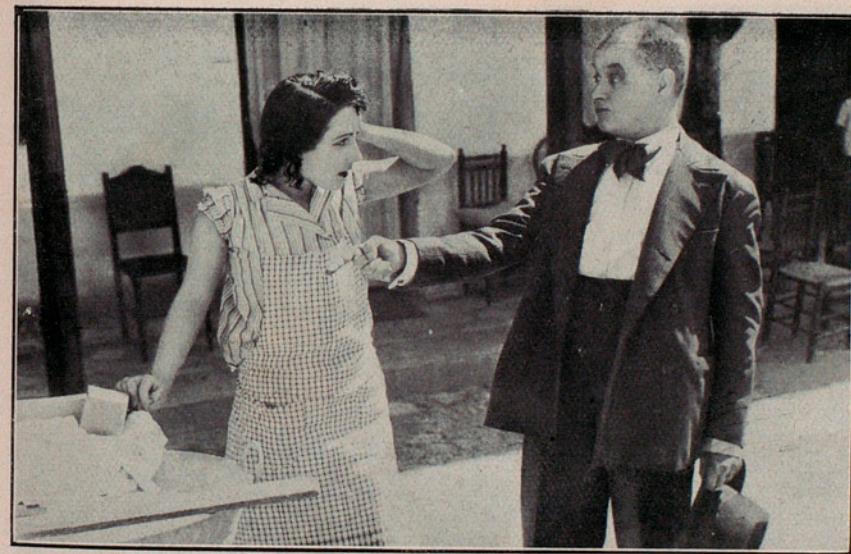
Surgió de nuevo el guarda.



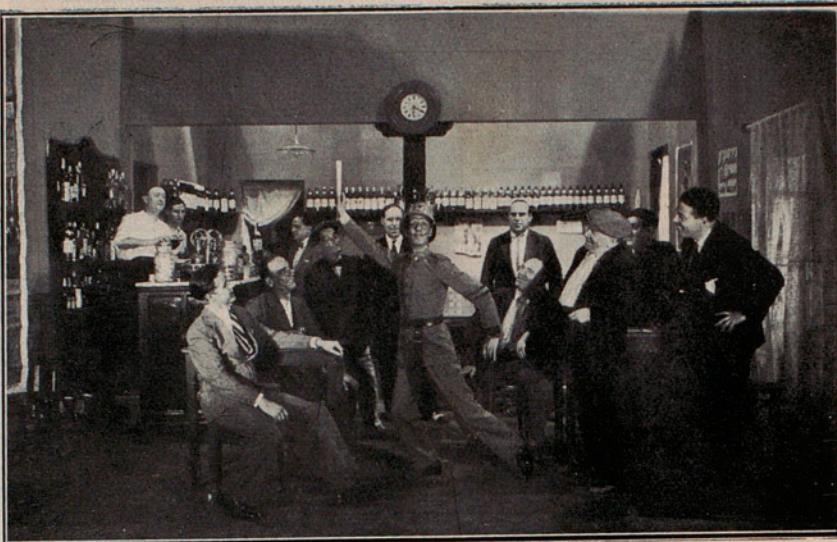
Sinibalda accedió a regañadientes.



Mavi iba a tomar su baño matinal.



—Créeme, chiquilla: no trabajes más.



«Con la porra en la mano y el pito...



Luis bajó la vista, abochornado,



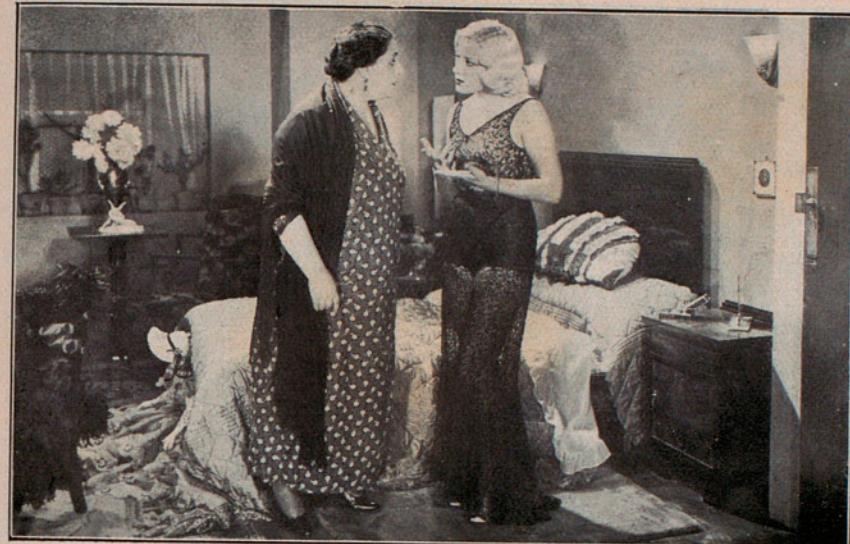
... Aspirando su aliento perfumado...



—¡El benimerin suda de ver trabajar a los demás!



—¡Anda! ¿Es que vas a presentarte a un concurso de belleza?



—¿Qué ocurré?



Viriato tuvo que parapetarse tras la mesa.



Y cuando la vió medio desnuda...

UNA MORENA Y UNA RUBIA



Sus compañeras se burlaban de ella.



Su actitud era inapelable.

sona que le aguardaba en sus habitaciones particulares.

Era Sinibaldo, que venía muy apurada a advertirle que dentro de tres días le cambiaban el servicio a su marido, y que, por lo tanto, se pasaría todo el día en la casa.

—¿Eso es todo? Pues no te preocunes, que ya me las arreglaré para ir por la noche.

—¡Señorita, por Dios! — exclamó la Sini, aterrada—. Que mi marido anda mosca porque dice que nota en la casa un olor muy fino que no es el mío.

Mavi rió de buena gana.

—Pues dile que sí, tonta; que es el tuyo. La mujer de un personaje como él tiene que estar a tono. Ya verás. Toma.

Y le regaló un hermoso frasco de esencia de la misma que ella gastaba, para desvanecer las sospechas de Viriato.

Y empujándola suavemente, la hizo salir, sin querer recoger el frasco que la Sini se empeñaba en devolverle porque era demasiado lujo para ella un perfume así.

Cada día estaba Mavi más contenta de Sinibaldo, pues aunque ésta refunfuñaba siempre, siempre también acababa por servirla en todo.

Ahora mismo, la lavandera se había encargado de decirle a Luis que por unos días quedarían interrumpidas sus entrevistas, pues le era de todo punto imposible a Mavi acudir a ellas por motivos particulares, pero que tan pronto estuviese libre de nuevo, ya le avisaría.

Luis recibió la noticia de boca de la lavandera con verdadera pena, pero fiel a su promesa de acatar todas las órdenes de Mavi, no intentó siquiera averiguar la causa de esta tregua en sus amorosas relaciones con la espléndida hembra rubia.

En verdad la causa de dicha tregua era bien poca cosa, pues se reducía a que tenía unos compromisos con sus amigas... y quizá también con el señor duque de Alcor, su prometido.

Con impaciencia terrible, esperaba Luis que llegase el momento de ver de nuevo a su Maravillas.

Al fin, después de tres días mortales, llegó al patio de la casa de vecindad el botones de un Continental, que comenzó a vocear:

—¡Don Luis González!

Todas las vecindoras se asomaron precipitadamente a las puertas de sus viviendas a presenciar el inaudito acontecimiento.

Luis bajó presuroso, con el corazón saliéndosele por la boca, a recoger la carta que traía el chiquillo.

Todas las comadres estaban a la expectativa para deducir por la cara que pusiera el muchacho, si la noticia era buena o mala.

Y comprendieron en seguida que era muy buena, por la expresión de alegría que iluminó el rostro de Luis.

La cosa no era para menos, pues en aquella misiva decíale Maravillas:

Esta noche, a las once, donde tú sabes.

Contento como un chiquillo con zapatos nuevos, se dirigió de nuevo hacia la escalera para regresar a su vivienda, cuando Paloma, que también había salido, intrigadísima por aquella carta, se le aproximó, empujada por los celos; pero Luis no se dió cuenta de su presencia.

Y fué necesario que ella se le plantase delante y le dijera:

—¡Oiga usted, so atontao! ¿Es que no puede mirar siquiera para los lados? ¿O es que le han puesto anteojeras, como a los burros?

Luis se guardó precipitadamente la carta al reconocer la voz de Paloma.

Y al mirarla quedó estupefacto.

Paloma ya no era la misma de antes. Sobre su cuerpo llevaba puestos sus mejores trapitos. Sus pies iban calzados con zapatos de charol en lugar de hallarse embutidos en las sucias chanclas habituales, y las piernas enfundadas en medias de seda.

Pero lo más asombroso era ver que el pelo no le caía en greñas lacias sobre los ojos, sino que lo llevaba bien peinado y ondulado, dándole a su carita morena una belleza que antes parecía no tener.

Luis, asombrado ante tal metamorfosis, exclamó:

—Pero eres tú?

Paloma le miró por encima del hombro, con exagerada altivez, y le dijo, mayestática:

—Haga el favor de tratarme como le habrán enseñado que se trata a las señoras, y suprima, por lo tanto, el tuteo.

—Pero de veras eres tú? — insistió Luis, no dando crédito a lo que veían sus ojos.

—No, que voy a ser una tía tuy — respondió, despectiva.

—Qué barbaridad, lo que hace el arreglo!

—El arreglo nada más, asáúra! ¡Belleza natural que tiene una! ¡S

tú oyeras lo que me dice por ahí la gente!...

Luis, con indiferencia, inquirió:
—¿Qué te dice?

Su pensamiento no estaba ya en Paloma, sino en aquella otra mujer en cuyos labios volvería a saborear aquella noche el néctar de la vida.

Pero Paloma no se dió cuenta de la displicencia que había puesto en sus palabras, y respondió:

—Pues... me dicen que se me comerían a pedazos.

—Vaya!

—Sí, señor. Y que de mujeres como yo se ven pocas.

A Luis le fastidiaba ya aquel diálogo, y despectivo, replicó:

—Pues no sabes lo que me alegra. A pesar de mis muchas ocupaciones, tomo buena nota de lo que usted me comunica y prometo celebrarlo cuando llegue la ocasión, o sea cuando la señorita haya logrado pescar su correspondiente novio.

Paloma, tragando bilis, se puso en jarras, y con reticencia le lanzó a la cara:

—Sus muchas ocupaciones! ¿Es usted el vago de Luis González o el señor Presidente del Consejo?

—Soy un hombre que tiene pri-

sa — manifestó Luis, impaciente, haciendo ademán de marchar.

—Pero nada más que prisa es lo que tiene usted, por lo que veo.

—Pues qué más quería que tuviese?

—Si no temiera faltarle a personaje tan importante como es su señoría... diría que vergüenza.

Luis sonrió con desdén, y apartando a Paloma prosiguió su camino.

La muchacha rechinó los dientes con ira.

Ella sabía o, para ser más exactos, presumía por qué Luis se mostraba de aquella forma con ella. ¡Allí debía haber unas faldas por medio! Mas, ¿de quién podían ser esas faldas?

Esto era lo que precisaba averiguar, y para ello llamó a Riquitrum, el simpático limpiabotas, y le dijo:

—Oye, Riquitrum: ¿tú eres amigo mío?

El muchacho asintió con un movimiento de cabeza. Y Paloma continuó:

—Tú me harías un favor muy grande?

—Hasta de dinero, mira tú! — respondió el golillo, jactancioso.

—No es eso. Lo que quiero es

que me hagas una averiguación con todo el secreto del mundo.

—Descuida, que pa eso soy un Sherlock Holmes.

—Pues bien. Tan pronto como salga Luis, te vas detrás sin que lo

note, te enteras dónde se mete y me lo vienes a decir, ¿entiendes?

—Entendio.

Y el golfillo, para demostrar su importancia, escupió de lado y se fué contoneándose.

VIII

La voz de Luis tenía acentos de sincera emoción, que impresionaban el alma de Mavi.

—¡Tú no sabes lo que he sufrido estos días! Creí no volverte a ver. Y me moría de pena.

—¡Pues ya me tienes aquí! ¿Estás contento?

—Debía estarlo, y sin embargo... ¡Hay algo dentro de mí empeñado en decirme que te importo muy poquito!

Mavi le acarició y se apelotonó, mimosa, con él en el sofá, y le dijo:

—¡Pues me parece que las pruebas!...

—No obstante, no sé qué noto siempre en ti que me desconcierta. Te tengo a mi lado, y con todo, tengo la impresión de que no eres mía.

Mavi, risueña, hundiéndo los dedos entre el pelo de él, le dijo:

—¡Qué hombre éste! ¡Qué difícil de contentar!

—¡Porque te quiero! — exclamó Luis, estrechándola contra su pecho con pasión.

—También te quiero yo a ti — repuso ella.

Luis, cogiéndole las manos vehementemente, expresó:

—Pero este tormento va a acabarse muy pronto, ¿verdad, nena?

—¿Y cómo?

—Como sea. Si eres soltera, casándote conmigo, y si eres casada, fugándonos juntos.

Mavi sintióse invadida por una extraña y dulcísima ternura que le producían las palabras de Luis y

que rendía su voluntad en manos de él.

Y tuvo miedo. Miedo de sí misma, de su propio temperamento, tan tumultuoso y apasionado, incapaz de resistir la tentación...

¡Y ya Luis la besaba, la besaba largamente!...

Mavi se abandonó a sus caricias.

La noche estival ponía la complacencia de su calma turbadora y encantante.

Mavi tuvo un momento de luci-

dez y trató de romper el fuerte abrazo con que él la retenía, poniéndose en pie.

—¡Vete, Luis! — le ordenó.

Pero él, cogiéndola de la mano volvió a atraerla hacia él.

Y levantándose también, la enlazó nuevamente con sus brazos.

Y Mavi ya no supo resistir más. Cerró los ojos y sus brazos de diosa rodearon el cuello de él amorosamente.

* * *

A las cuatro de la madrugada, Sinibalda se llegó hasta la puerta de la salita y golpeó suavemente con los nudillos.

Y en vista de que no le respondían se arriesgó a abrir la puerta y asomar por ella la cabeza.

Su sorpresa fué grande al ver que allí no había nadie.

Pero en la alcoba contigua había luz...

Y la buena mujer se empavoreció con la terrible sospecha que acudió a su mente.

¡Cielo santo, qué mal había hecho con mostrarse débil a las imposiciones de la señorita!

¡Pobre señorita!

Y en su fuero interno se acusaba de haber tenido ella gran parte de culpa en lo ocurrido, por haber prestado su complicidad a aquellos amores disparatados.

Vaciló antes de aproximarse a la puerta de la alcoba. Mas al cabo se decidió y llamó en ella con los nudillos, mientras decía:

—¡Que está amaneciendo!

La voz de Mavi sonó dentro, como dominada por una extraña turbación.

—Está bien. Gracias, Sinibalda — dijo.

La lavandera se alejó malhumorada, moviendo la cabeza y murmurando:

—¡Qué locura! ¡Qué locura!

Y cuando ya hubo desaparecido, oyóse nuevamente la voz de Mavi que suplicaba a Luis que se fuese.

—¿Hasta cuándo? — inquirió la voz de él.

IX

Riquitrum se pasó toda la noche esperando a la puerta por donde había visto desaparecer a Luis, dispuesto a descubrir todo lo que pudiera para comunicárselo a Paloma y que la pobre chica saliera de dudas y rompiese con aquel charrán que no se la merecía.

Al amanecer oyó que trastearan la puerta por dentro, como si alguien fuera a salir, y corrió, pegado a la pared, a guarecerse en el quicio de otro portal para no ser descubierto.

Y desde allí vió, un minuto después, cómo salía Luis, alegre y decidido.

Luis lo miró con extrañeza. Pero

—Hasta pasado mañana, a la misma hora. Adiós.

—¡Chiquilla mía! Ahora sí que los minutos me van a parecer sigos.

El chasquido de un beso cerró aquella despedida.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

no le dió gran importancia a este encuentro poco simpático.

Y mientras Luis desaparecía calle abajo, Riquitrum le observaba de lejos, sin querer seguirle, para no dejar escapar su otra presa: la mujer con quien Luis debía haber pasado la noche.

Una hora después estaba llamando en la puerta de Paloma.

La muchacha salió en seguida, y al verlo le preguntó con ansiedad:

—¿Qué hay, Riquitrum? ¿Has cumplido mi encargo?

—No faltaba más! — respondió el limpia—. Anoche le seguí y no le perdí de vista hasta que entró en una casa de la Ribera; en el número catorce.

Paloma sintió una dolorosa punzada en el corazón.

—¿Y tardó en salir?

—Mi madre! ¡Si creí que no saldría nunca! Ya era de día, no te digo más.

Con la angustia retratada en el semblante, Paloma murmuró:

—Ahí vive la mujer que me lo quita!

—Eso me malicié yo — repuso Riquitrum, atajándola vivamente.

—Y por servirte me he pasado allí toda la noche. Y esta madrugada he

tenido la suerte de encontrarme a un compañero que vive por allí y le he interrogado.

—¿Y qué te ha dicho?

—Pues que en esa casa no hay ninguna mujer que merezca la pena, y que si acaso se trataría de la señora Sini, la mujer del guardia, que está de muy buenas carnes.

Paloma se encrespó de celos al oír esto.

—De modo que ese sinvergüenza se entiende con la mujer del guardia, eh? — rugió, furiosa—.

¡Pues yo te aseguro que va a saber lo que es canela! Dime, Riquitrum, ¿esa señora Sini es guapa?

Riquitrum se rascó la coronilla antes de contestar:

—Mi compañero dice que tiene bigote. Ahora que...

—¿Qué?

—Na, que si es una gachí que salió poco después que el Luis...

—Mi madre! ¡Vaya señora!

—Muy guapa? — inquirió con angustiosa ansiedad Paloma.

—Todo lo que tú puedas figurarte es poco. Sólo que, chica, la verdad: yo estoy hecho un taco. Porque o entiendo muy poquito de mujeres o esa socia no puede ser lavandera.

—¿Qué tiene que ver eso?

—Es que la mujer del guardia lo es.

Muerta de celos, dominada por una angustia horrible, Paloma ocultó la cara entre las manos.

¿Por qué se había ido ella a enamorar de aquel hombre que no la quería, que quizás no la había querido nunca?

Dispuesta a todo, tomó una rápida resolución. Buscaría al guardia ese, con la ayuda de Riquitrum, y le pondría en antecedentes de lo que ocurría.

Mas... ¿y si luego resultaba que no era su mujer?

Había que obrar con cautela.

Riquitrum supo que Viriato hacía aquel día servicio diurno, por haber cambiado con un compañero que necesitaba solventar unos asuntos particulares a las horas de su turno habitual, y allá fueron él y Paloma en su busca.

En la calle de Alcalá, dirigiendo la circulación como si dirigiera una orquesta, hallaron al incommensurable Viriato.

La porra en sus manos era una batuta, que tan pronto señalaba a un lado como a otro; y los autos no se hacían puré porque a la divina Providencia no le daba la gana, porque había que ver la de líos que

se armaban los pobres conductores tratando de seguir las indicaciones de aquella porra que parecía el rabo de una lagartija de tanto como se movía.

Desde la acera lo llamó Paloma. Y Viriato, al verse requerido por una chica tan guapa, abandonó su puesto para trasladarse a donde ella estaba, sin preocuparse poco ni mucho de que dejaba la circulación sin director de orquesta.

Claro que... ¡para lo que lo necesitaban los chofers!

Atusándose el bigote se llegó junto a Paloma, con su eterno aire de conquistador.

—Usted dirá, preciosidad en almíbar.

Paloma no sabía por dónde empezar.

Aquel paso que iba a dar le resultaba muy violento y le hacía ponerse nerviosísima.

Casi tartamudeando, le dijo:

—Perdóneme usted la pregunta. ¿Es usted casado?

Viriato echó el cuerpo hacia atrás, y extrañado por la preguntita, le preguntó él a su vez, con guasa:

—¿Es que viene usted a hacerme el padrón, encanto?

—No bromee usted, que esto es

muy serio — advirtióle ella, y sin más ni menos le lanzó la segunda pregunta: — ¿Vive usted en la Ribera del Manzanares?

—Sí, señora.

Temblorosa, llena de celos, prosiguió:

—¿Y... y su señora es... es... es guapa?

Viriato quedó como el que ve visiones. ¡Mira que preguntarle si la Sini era guapa!...

—Si usted tanto la favorece!...

—Entonces... ¿es verdad que tiene bigotes?

Viriato, amoscado, replicó con acritud:

—Tienes varios! ¡Mira ésta!

Pero Paloma le rogó que le contestase su pregunta, pues le era muy necesario saber ese detalle para un asunto de vida o muerte.

Y había tal sinceridad en sus palabras, que el guardia se avino al fin a complacerla en lo que pedía.

—Pues tiene bigote, sí, señora. ¿Para qué nos vamos a engañar?

—declaró Viriato, retorciéndose el suyo. —Pero puede saberse a santo de qué vienen estas averiguaciones?

Paloma, que se acababa de convencer, por lo manifestado por el guardia, de que la mujer de éste no

podía ser la amante de Luis, pues el chico tenía aspiraciones más altas que una hembra bigotuda, se excusó como supo y pudo y se marchó presurosa, dejando a Viriato más estupefacto que si le hubieran dicho que la Sini había sido elegida "miss Badila" o "miss Colada".

En vista de que la mujer del guardia no podía ser la que le robaba el cariño de Luis, Paloma decidió encaminar por otro lado sus pesquisas, y durante dos días, de madrugada, fué a la Ribera del Manzanares y permaneció en acecho cerca de la puerta que le había indicado Riquitrum como la del guardia.

El primer día no vió salir a nadie, y eso que estuvo hasta ya avanzada la mañana. Pero el segundo, cuando ya desesperaba de que su gestión tuviera éxito, vió abrirse el portal y salir a Luis de él.

Paloma tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no plantarse delante del muchacho y demostrarle hasta dónde era capaz de llegar su furor cuando se le traicionaba en su cariño.

Luis pasó muy cerca de ella, sin verla, y Paloma creyó morir al distinguir su rostro radiante de felicidad.

Con el alma en un hilo continuó esperando la salida de ella.

Poco tiempo después, la figura de una mujer espléndida, rubia como el oro y vestida con una elegancia exquisita, apareció en el umbral.

Los celos dieronle impulso a Paloma para atravesar el arroyo y cruzarse con ella y así poder verla de frente, palpitante su corazón con una congoja de agonía.

Y al ver el rostro de Mavi, sintió que su esperanza de recuperar a Luis se derrumbó como por ensalmo. ¡Era tan bella su rival, que luchar con ella resultaba imposible!

X

Al salir aquella noche para ir a ver a Mavi, Paloma, que le acechaba, sentada en una silla baja a la puerta de su casa, como si estuviera tomando el fresco, le dijo con ironía:

—¡Date prisa, hombre, y no la hagas esperar! ¡Pobrecita de mi al-

¡Por más que quisiera, el triunfo sería siempre de ella! La pobre Paloma no contaba con la poderosa arma de una hermosura como la de aquella mujer; y aun cuando su amor por Luis fuera más sincero que el que ésta pudiera darle, él no sabría apreciar esta sinceridad y seguiría ciego, deslumbrado, solamente por la hermosura física de la rubia, sin preocuparse de ahondar en su corazón y ver si éste encerraba el mismo tesoro inagotable de amor que el de la muchachita que siempre le había querido y que ahora sufría el horrible tormento de saberse desdeñada por él.

ma, con lo que habrá trabajado la niña durante todo el día, estará deseosa de tener un ratito de expansión con el pollo!... ¡Vamos, hombre, que parece mentira que un primo tan grande sea de mi pueblo!

Al escuchar las palabras de Paloma, Luis, que creyó entrever en

ellas algo que él todavía no había logrado saber, a pesar de la clase de relaciones que mediaban ya entre él y Mavi, se aproximó a la muchacha, con la esperanza de poder averiguar alguna cosa que concerniese a su amante, y le dijo con ansiedad:

—¡Paloma! ¿Tú sabes algo respecto de esa mujer?

—¿Pero... de veras tú no sabes nada? — le preguntó ella, con sorpresa.

—Nada. ¡Por eso te pido por lo que más quieras que me digas quién es!

Paloma le miró con desprecio.

Y gozándose en su angustia, respondió:

—Sólo sé que es persona de mucho postín. ¡Qué suerte, chico! Dentro de poco te veremos en automóvil.

Luis, ante la reticencia empleada por Paloma y viendo que no iba a conseguir saber nada más, se retiró malhumorado.

Y antes que desapareciera por el portal del patio, ella le gritó:

—Ten cuidado y no sueñas tanto, niño; no vayas a tener un mal despertar.

Durante todo el camino Luis fué pensando en las palabras de Palo-

ma, que habían logrado hacer renacer en su pecho la inquietud que le producía ignorar la verdadera personalidad de su amante.

Y se hallaba decidido a poner las cosas en claro aquella misma noche haciendo que Maravillas le confesara toda la verdad.

En la soledad de aquella alcoba que cobijaba su idilio, sentada Mavi al borde de la cama y Luis a su lado, en una silla, condujo éste habilmente la conversación hasta situarla en el terreno que le convenía.

—Si no puede ser! — decía él.

— ¡Si estás demasiado alta para mí!... Ya antes de saberlo, una voz, aquí dentro, me lo decía.

—¿Qué sabes? — inquirió ella, con visible inquietud.

—Mucho, por desgracia — respondió Luis.

—¿Sabes de veras quién soy yo?

—¡Si te creerás tú que estás encerrada en una urna!

Mavi batió nerviosamente el suelo con el pie.

—No te lo había prohibido?

—dijo con acritud—. ¡No me diste palabra de no meterte a averiguar ninguna cosa respecto a mí?

—Y la he cumplido, pero nunca falta quien repare.

Mavi, abatida por repentina desesperación, hundió la cabeza en las almohadas, sollozando.

—¡Maravillas! — exclamó Luis, angustiado, tratando de acariciarla.

Ella le rechazó bruscamente, gritando:

—¿Qué va a ser ahora de mí, Dios mío? ¡Qué vergüenza! ¡Enterrado de quién soy! ¡Y lo nuestro no tiene ya remedio!

Luis, lastimado en su amor propio, la cogió bruscamente por los brazos, y zarandeándola la obligó a que le mirase a los ojos.

—¡Mirame! — le decía—. ¡Mírame bien y dime si yo puedo ser ese hombre tan canalla que tú te figuras! Porque tú podrás estar muy alta, pero yo también tengo mi dignidad y mi orgullo, ¿lo sabes? Yo te quiero con toda mi alma; pero te quiero a ti, nada más que a ti. Lo que seas y puedas significar en el mundo no me importa nada si es que por ello no has de dejar de quererme. Pierde, por lo tanto, cuidado, que nadie sabrá por mi boca lo que ha ocurrido entre estas cuatro paredes.

Mavi le contempló con los ojos arrasados por las lágrimas. Y al darse cuenta de la nobleza de su actitud y de sus palabras, se sintió

conmovida y arrepentida de haberle tratado de aquella manera.

—¡Perdóname! — le suplicó.

Y sus besos y sus caricias hicieron olvidar a Luis de todo.

Súbitamente, en el silencio de la noche, un grito espantoso heló la sangre en las venas de ambos.

Terriblemente impresionados, oprimiéndoles las gargantas una angustia mortal, los dos amantes permanecieron un rato mirando hacia el lugar de dónde creían había partido el grito, unidos en un abrazo nervioso, y tratando de averiguar cuál había sido la causa de aquél.

Pero de nuevo el silencio lo dominaba todo.

Mavi dijo, con voz asustada:

—Algo ha ocurrido.

—¡Bah! Cualquier tontería — repuso Luis, para tranquilizarla.

Unos pasos apresurados sonaron en la contigua salita.

Mavi y Luis dirigieron la vista con espanto a la puerta que se iba entreabriendo.

Mas tranquilizáronse inmediatamente al ver que la señora Sinibalda, dando diente con diente, de terror, y sólo con un mantón echado encima de la camisa, era la persona que penetraba en el cuarto.

—¿No han oido? — preguntó la lavandera lívida por el pánico que la dominaba.

—¿Un grito? — inquirió Mavi.

—Sí.

—Precisamente de eso estábamos hablando. ¿Qué crees tú que pueda ser, Sini?

La esposa de Viriato, con las facciones desencajadas y los ojos que parecían ir a salírsele de las órbitas, expresó:

—¡Era un grito de muerte, señorita!

El crujido de un mueble les so-

bresaltó nuevamente. Pero aun cuando prestaron atención, nada volvió a oírse.

Mavi, recobrando su presencia de ánimo, aconsejó a Sinibalda que se acostase. Probablemente no sería nada...

Más tranquila, Sini se retiró.

Apenas hubo desaparecido, Mavi entreabrió la ventana del cuarto, y al notar que ya amanecía, le ordenó a Luis que se fuera cuanto antes. Sus amores no podían gozar de la luz del día, como ellos quisieran.

Además, Viriato debería ya estar al caer.

XI

Luis salió precipitadamente.

Y al abrir la puerta de la calle se quedó petrificado al ver ante sí la figura de un guardia urbano en el que al instante reconoció a Viriato, por el retrato que había en casa de la Sini, colgado encima de la cómoda.

Viriato, que en aquel momento se

disponía a meter la llave en la cerradura de la puerta, se extrañó poderosamente cuando se encontró con aquel desconocido, que, con timidez, casi balbuceante, le saludaba:

—Buenos días.

Viriato no contestó al saludo.

Lo miró de arriba abajo, atusándose el bigote, y murmuró:

—¡Hum! ¿Usted es de la casa? Luis, azoradísimo, respondió negativamente.

—Entonces... ¿qué hace usted aquí? ¿Cómo no siendo vecino tiene llave?

El muchacho no supo dar una respuesta concreta.

Y Viriato, escamado con sus vacilaciones, volvió a retorcerse el bigote y acabó diciendo:

—Bueno, bueno. Entre conmigo. Hay que aclarar esto.

Los dos penetraron en la entraña. Y Viriato, para ver si la señora Anacleta, la vieja tacaña, podía dar razón de aquel desconocido, llamó a la puerta de su zaquizamí con los nudillos, viendo con asombro que aquella puerta, cerrada siempre a piedra y lodo, cedía al leve empuje de su mano.

—Señora Anacleta! — llamó, metiendo la cabeza por el hueco de la puerta.

Nadie respondió.

El tabuco estaba a oscuras y de su interior salía un olor insopportable de suciedad y miseria.

Repetió su llamada con idéntico resultado que antes. Y una atroz sospecha cruzó entonces por su cerebro, y le hizo que su mano se af-

rrase al brazo de Luis para retener al muchacho.

Este se sintió acometido de un súbito terror, pues en aquel momento, por una extraña asociación de ideas, recordó aquel grito lúgubre escuchado no hacía mucho.

Viriato le obligó a penetrar delante de él en el tabuco. Encendió el guardia una cerilla y ante los ojos de ambos se presentó un cuadro espeluznante.

En medio de un gran charco de sangre hallábase tendido el cuerpo de la señora Anacleta.

Viriato se volvió hacia Luis, quien con ojos espantados contemplaba el macabro espectáculo, y le acusó de ser él el asesino.

El muchacho fué a exculparse, pero se acordó de Mavi. Su mente vió ya el escándalo cerniéndose sobre ella por su culpa, y bajando la cabeza, anonadado, prefirió callar y acatar aquella acusación injusta y todas las consecuencias que ésta pudiera acarrearle, seguro de que la propia Maravillas sería quien se encargase de proporcionarle la libertad por no saber qué medios, pues ella pondría en juego todas sus amistades poderosas para hacer que resplandeciese, si no la verdad —ya que esto sería descubrir ella

su propio delito amoroso — por lo menos la justicia.

Y mientras él era conducido a la

Comisaría por Viriato, Mavi, ajena al drama que acababa de ocurrir, abandonaba presurosa la casa.

XII

La señora Anacleta no había muerto. Pero moriría de un momento a otro.

Unos vecinos la recogieron y la llevaron a la Casa de Socorro, y allí, después de practicarle una cura de urgencia, la enviaron al hospital, en estado gravísimo.

En vano el juez trató de tomarle declaración. La vieja no podía hablar.

La Sinibalda, al enterarse del suceso, y con él de la proeza de su marido, dedujo, por las señas que le dieron del asesino y en la forma en que Viriato lo había encontrado, de quién se trataba.

Horrorizada por lo acaecido, esperó impaciente el regreso de Viriato, y al entrar éste en su casa, dándose una importancia enorme por el hecho de haber detenido na-

da menos que a un asesino — hazaña que difería bastante del continuo toque de pito a los conductores que se descarrilan — le increpó:

—¡Animal! ¡Imbécil! ¿Qué has hecho?

—Cumplir con mi deber — repuso Viriato, inflado de vanidad.

—¿Tu deber? ¿Y dónde está el muchacho?

—Lo entregué en la Comisaría.

—¡Ay, Dios mío! ¿Pero quién te manda a ti meterte en eso? ¿Qué daño te hizo el pobre chico?

—¡Sini! ¿El pobre chico, y es un asesino más grande que Landrú?

—¡Idiota! ¿Tú qué sabes?

—No he de saber, si salía del portal? Y como no saliera de casa de la vieja o de mi casa...

—¡Pues de tu casa salía! — de-

claró la lavandera, chillando, sin poderse contener.

—¡Sinibalda! — exclamó Viriato, palideciendo.

—Sí, señor! De pasar en ella la noche.

—¡Sinibalda! — chilló su marido, perdiendo los estribos.

—Qué Sinibalda ni qué ocho cuartos! Lo que digo es la Biblia. De pasar aquí la noche, y con una mujer. ¿Lo oyes bien?

Era tan furiosa la actitud de su mujer, que Viriato, a pesar de la gravedad de su declaración, prefirió llevar las cosas por las buenas, y sólo se atrevió a decir con dignidad de gran señor:

—Mira, Sini, que lo que dices es por demás.

—Pues será lo que quieras, pero es la fija! ¿Entiendes, bragazas, cotilla?

Y en el colmo de la indignación, Sinibalda corrió tras su marido, con manifiesta intención de agredirle.

Viriato, conocedor de cómo las gastaba su señora, tuvo a bien parapetarse tras la mesa, y corriendo alrededor de ésta, logró escapar hacia la calle.

Entonces Sinibalda recapacitó en el terrible conflicto que aquel error

de su marido significaba para Mavi y para Luis, y corrió a casa de aquélla a comunicarle el desgraciado suceso.

Mavi dormía tranquilamente cuando ella llegó.

Pero Sinibalda insistió en que era una cosa urgentísima y de gran interés para la señorita, y la doncella accedió a llamarla.

Mavi se sobresaltó al saber que Sini deseaba hablarla con toda urgencia, y ordenó que la hicieran pasar seguidamente a su presencia.

—¿Qué ocurre? — le preguntó, al verla entrar desencajada.

Sinibalda, casi sin resuello, le explicó que el grito que habían oído era que habían apuñalado a la vieja de abajo para robarla.

—Y la han matado? — inquirió Mavi, horrorizada.

—No; sólo la han dejado medio muerta, señorita — repuso con angustia la Sini—. Pero es seguro que se muere sin decir esta boca es mía y nos mete a todos en un buen fregado.

—A todos?

—Sí, señorita. Porque dió la casualidad que al salir Luis entra ba mi marido, quien entró en sospechas y lo detuvo como el autor del hecho.

Mavi dió un grito de terror, y exclamó:

—¡Dios mío! ¡Ahora sí que estoy perdida!

La Sini la miró atónita.

—¿Usted? — dijo—. ¡Quien lo está es él!

Con viva ansiedad cogió Mavi a la lavandera por una muñeca y le preguntó:

—¿No ha dicho nada, Sini?

—Decir! Tendría entonces que confesar la verdad, que comprometer a la señorita, y eso no lo hace ninguno de mi tierra.

Mavi se encogió de hombros y se marcó una mueca que delataba su egoísmo al decir:

—A mí no me comprometería, sino a ti. Y eso sería diferente. A mí nadie creo que me haya visto entrar en tu casa.

Sinibalda la miró severamente al ver su egoísmo, que no le importaba que la lavandera pudiera perder su reputación de mujer honrada con tal de salvar ella la suya.

Mavi había quedado pensativa. Y Sinibalda, creyendo que se hallaba buscando el medio de poder librarse a Luis, le rogó que hiciera todo cuanto pudiese para salvarlo. Ella podía, tenía influencias.

Mavi se volvió bruscamente, y exclamó, con un tono agrio:

—¿Cómo hacerlo sin descubrirme? ¡Con las ganas que hay de meterse conmigo! ¡No faltaría más esto, hombre!

Sinibalda creyó no haber entendido bien, pues no era posible que en un caso así la señorita se mostrase tan cruel con el infeliz muchacho que por no comprometerla estaba demostrando que era capaz de perder hasta la libertad.

Pero las palabras de Mavi que siguieron le quitaron toda duda, pues la señorita, con un conformismo incomprensible en la mujer que sabe que su amante está en peligro, señaló la única solución que a su juicio existía, y era la de que quizás la vieja no muriese y entonces se demostraría la inocencia de Luis sin necesidad de comprometerla.

Y la humilde lavandera sintió un gran desprecio por aquella señorita de alma tan egoísta que porque su nombre no figurase en un escándalo, prefería que el hombre que la amaba de veras — y al que parecía que ella también había amado — se pudriera en una cárcel mientras ella continuase paseando su buena reputación por los salones aristocráticos.

—¡Está bien! — exclamó Sini.
—¡Ya que usted no lo hace, me encargaré yo de salvarlo!

Y sin decir ni adiós, salió de su casa, cuyas paredes parecíanle que se le venían encima.

Mavi quedó pensativa largo rato, meditando aquel desagradable suceso, y al fin, segura de que Luis, con su probada caballerosidad, no sería capaz de delatarla, dió media vuelta en el lecho y en pocos minutos recobró el sueño.

Y entretanto, Sinibalda, dispuesta a todo, con tal de salvar a Luis, se presentaba ante el Juzgado que realizaba sus primeras actuaciones en el patio de su propia casa, y declaraba ante el juez que el muchacho era inocente, puesto que había pasado con ella toda la noche.

Viriato, que asistía a las diligencias judiciales, dió un salto y exclamó:

—¡Pero Sinibalda, por Dios! ¿No te das cuenta de que me estás poniendo en ridículo?

El público que rodeaba al Juzgado, y aun éste, se echaron a reír. Y esto motivó la indignación de Sini, quien gritó, golpeando la mesa en que los funcionarios tomaban declaración:

—¿Pero es que no le creen?...
¿Pero, por qué? ¿Es que soy tan fea?

El juez, sonriendo benévolo, le dijo:

—Señora, afortunadamente para su prestigio no la creemos.

Y allí ardió Troya.

Sinibalda, saltándose el pelo, armó tal escándalo, que Viriato hubo de intervenir para apaciguarla.

Pero su intervención no tuvo ningún éxito, pues Sinibalda no se arredró, y encarándose con su marido, descargó toda su ira contra él, poniéndole el casco con más bollos que una pastelería, y haciéndole huir a marchas forzadas, entre la general rechisla.

XIII

Luis, en la lóbrega celda de la cárcel, sólo tenía un pensamiento

que le obsesionaba: Maravillas.

Y en vano se torturaba el cere-

bro haciéndose siempre la misma pregunta:

—¿Por qué no vendrá?

La respuesta jamás lograba pillarla, y era mucho mejor que no la llegase a saber en su vida, pues Mavi, temerosa del escándalo, había huído de Madrid, a aturdirse en las playas de moda, indiferente al dolor de su amante.

—Su amante!

La hermosa hembra rubia se repetía estas dos palabras a sí misma con cierta prevención. ¡Si ella las pudiera borrar de su pasado!

Pero... ¡bah! ¿Quién era tan romántico, tan cursi que se atrevía a pensar en el pasado? En esta época moderna en que vivimos al día, el presente es lo único que debe preocuparnos. El pasado no existe, porque ya no se puede vivir.

Y con esta filosofía tan acomodaticia, Mavi Rendar se había alejado de Madrid sin pena ni gloria, atenta sólo a pasar un veraneo divertido, y después...

—Después todo, menos aquella pasión tan comprometedora!

Mas como que Luis, para dicha suya, ignoraba todo esto, seguía esperanzado en poder verla o cuando menos tener noticias de ella, ya que su miedo a que las gentes se en-

terasen de sus amores sería obstáculo que le privase de realizar su ambición de verla.

Pero los días pasaban y con ellos la fe en su diosa iba poquito a poco mermándose.

No es que él la quisiera menos, pero ella... ¿le seguía queriendo igual? ;Le quería también?

Una mañana el carcelero le trajo una cesta con fruta, latas de conservas, pasteles y cigarrillos.

La esperanza renació en su pecho; y con ansiedad preguntó al carcelero:

—¿Quién lo ha traído? ¿Algún criado?

—No; una muchacha. Ha dicho que de parte de Paloma.

Luis se dejó caer decepcionado en su camastro.

Cuando salió el carcelero, miró tristemente la cesta, y murmuró enternecidamente:

—¡Paloma! ¡Esta pobrecita sí que me quiere!

Más de lo que él se merecía, le quería la pobre muchacha, quien de buena gana hubiese ido todos los días a la cárcel a verle. Pero temerosa de los desdenes de Luis, se absténía de hacerlo, y se conformaba con saber de él por medio

de aquellas personas que solían verlo.

Un día llegó don Aqui a la puerta de Paloma y comenzó a llamarla a grandes voces.

Salió la muchacha. Y entonces le explicó el simpático vejestorio que había visto a Luis, pero que éste se mostraba irreductible, no queriendo decir la verdad por no comprometer a aquella mujer.

—¡Dios mío, cuánto la quiere! —murmuró la muchacha, con el corazón traspasado por el dolor.

—¡Bah! Pero no te apures, que quizás le salvemos aunque él no quiera, pues me ha dado un indicio muy interesante, y es que sospecha de un tipo que nos pidió limosna un día que hablábamos del dinero de esa vieja en el Círculo, al cual vió rondar por los alrededores de la casa.

—¿Y usted le reconocería? —preguntó Paloma con viva ansiedad.

—¡Ya lo creo! Pero ahora voy a ver al guardia ese, que ya he averiguado dónde para. Trataré de sonsacarle lo que pueda.

Paloma le deseó mucha suerte.

¡Pobre don Aqui! ¡Qué agraciada le estaba por todo cuanto hacía por ella y por Luis, para lograr

que éste recuperase la libertad y ella la tranquilidad!

Don Aqui halló en la tasca a Viriato, al cual, desde que su mujer hiciera aquella fantástica declaración ante el Juzgado, le tenían compasión. ¡Las cosas de la vida! ¡El triunfando en la vía pública y su señora mientras tanto...!

Pero a Viriato estos comentarios le tenían sin cuidado, pues al fin Sinibaldo habíale explicado todo, y no tenía por qué dudar de ella. ¡Aquel demonio de señorita, lo que había traído!... ¡Si no fuera porque él le debía la plaza de guardia, ya hubiese cantado claro!

Don Aqui logró de él lo que quería, pues aun cuando el nombre de ella no quiso decírselo, le informó de que era una señorita de muchas campanillas que se iba a casar con un duque.

Con estos datos, se fué al Círculo y allí, buscando en periódicos atrasados la sección de "Ecos de sociedad", halló una noticia que creyó les marcaba la pista segura.

Dicha noticia decía:

"El próximo mes de octubre se celebrará la boda de la bellísima señorita Mavi Rendar con el duque de Alcor, etc., etc."

Entonces preguntó a algunos

socios si conocían las señas de la mencionada señorita, y uno le dió amplios informes, asegurando que se trataba de una mujer hermosísima, muy joven, alta, rubia y muy loca.

—¡La misma que vi yo! —musitó Paloma, al oír más tarde todas

estas referencias de boca de don Aqui.

Pero ninguna gestión podía hacerse cerca de ella, pues Mavi continuaba su veraneo, divirtiéndose locamente con unos y con otros en San Sebastián, en Biarritz o en San Juan de Luz, como tenía prescrito.

XIV

Don Aqui andaba ya muchos días rondando por todas las calles de los barrios bajos en labor detectivesca.

Se había propuesto salvar a Luis y no cejaría hasta lograrlo.

Pero cada vez desesperaba más.

Una tarde, decepcionado, se sentó en un puesto de refrescos para descansar y tomar algo que le aliviase del agobiante calor que reinaba.

El hombre sudaba la gota gorda después de hallarse correteando desde las ocho de la mañana con el mismo objeto. No, lo que es para ser benimerín estaba trabajando de firme.

Chupaba la horchata con la paja con una delectación sublime.

De pronto vió algo que le hizo estremecerse.

Sentado en un velador contiguo, con otro individuo, se encontraba el tipo que buscaba tan afanosamente.

Había prosperado, por lo visto, merced a los cuartos de la vieja, pues iba bastante bien vestido y arreglado. Pero su rostro era el mismo rostro patibulario que él había visto una vez y que no se le olvidaría jamás.

Rápidamente se levantó de su asiento y se dirigió en busca de una pareja de guardias a la que bajo su

responsabilidad ordenó que detuviesen a aquellos dos hombres.

Los tipos aquellos no hicieron la menor resistencia como si ya de antemano tuvieran prevista esta contingencia, y se dejaron conducir a la Comisaría, seguidos por don Aqui.

Afortunadamente la vieja no había muerto, y al serles presentados los detenidos, reconoció sin titubeos a los sujetos que la hirieron y le robaron los dineros con tanta avaricia y fatigas acumulados.

Naturalmente, Luis recobró en seguida la libertad.

Cuando entró en el patio de su casa, todos los amigos corrieron a abrazarle, y no hubo comadre que no se asomase a la puerta de su cubil para verle con la admiración del que contempla a un héroe.

—¡Bien, hombre!—le decía don Aqui, dándole cariñosas palmaditas en la espalda—. Te encuentro más delgado. ¿Acaso fueron capaces de hacerte trabajar?

Todos rieron la ocurrencia y el gesto de indignación de don Aqui.

Este señaló a Paloma que se hallaba en la puerta de su casa, contemplando el grupo con sus hermosos ojos negros, enturbiados por las lágrimas.

—¡Ahí la tienes! — le dijo —. Bien puedes agradecerle el interés que se ha tomado por ti.

Luis se acercó a Paloma. Sus manos se estrecharon y el rostro de ella se iluminó de alegría.

Ambos se sentaron juntos un poco lejos del grupo de vecinos.

—¡Lo que habrás sufrido! — le compadeció ella, emocionada.

—No tienes idea.

—¡Te tenía una lástima cuando estabas preso!

—Lástima nada más?

Paloma bajó la cabeza ruborosa. Don Aqui se acercó a ellos por detrás, y al verlos en tal armonía, le dijo a Paloma:

—Esto va bien, a lo que veo. Ahora de ti depende todo.

Y se marchó contento.

Luis quedó meditativo.

Paloma, que le observaba tristemente, le dijo:

—Ahora que te hemos enterado de quién es esa mujer y su clase, supongo que la odiarás.

—¡Odiarla!... ¡Nunca!—repuso Luis, lentamente.

—Pues sí que es para adorarla. Una mujer que al verte metido en el lío más grave de tu vida por salvarla, toma la del humo y ni se acuerda del santo de tu nombre.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

¡Es para que estés orgulloso de ella!

—¡Cállate! Te lo pido por favor—le rogó Luis, dolorido.

Los celos habían mordido de nuevo en el corazón de Paloma, y ésta le agujoneó diciéndole:

—Te hago daño con estas palabras, ¿eh?

—¡Mucho!

—¿Pero es que la quieres?

Luis, rehuendo la respuesta categórica, dijo:

—No sé... no sé.

Paloma estalló, con toda la furia

de su alma bravía de madrileña de barrio bajo:

—¿Conque no sabes? Está bien. Pues si es así no vuelvas a hablarme en tu vida. Anda con la otra hasta que te mates por ella. En cuanto a mí no haré ni un momento más la prima. Sé muy bien lo que tengo que hacer.

Y poniéndose en pie con dignidad, le miró despectiva, como jamás le había mirado, y se marchó a su casa.

Y Luis se quedó mirándola abatido.

XV

Llegó el otoño y con él Mavi Rendar, de regreso de su veraneo.

Sólo llevaba una obsesión: los preparativos para su boda con el duque de Alcor, muy próxima. Lo demás era para ella secundario.

De su aventura con aquel muchacho del pueblo guardaba un recuerdo muy dulce, muy grato; el más bello de su vida.

Luis había sido el único hombre

que había logrado interesar su corazón. Pero... su amor era un imposible. Si al menos Luis hubiese sido un hombre de su condición, podrían haber sido quizá eternamente felices casándose, pero como que no era más que un simple obrero, no había ni que pensar en ello. ¡Algo tenía que sacrificar en aras de su bienestar y tranquilidad futuros! El duque no le ofrecía amor,

pero le proporcionaría una posición social más elevada aún de la que poseía, y la regularidad de que su belleza seguiría triunfando en el marco trivial del gran mundo, rodeada siempre de la admiración de los demás.

Le dolía pensar en Luis. ¡Pobre muchacho! Era un alma buena, un corazón nobilísimo, como se encuentran pocos.

De su amor no podía dudar lo más mínimo, porque las pruebas que le tenía dadas de su existencia, no podían ser más rotundas. Y por eso resultaba más penoso para ella su abandono.

Espíritu contradictorio el de Mavi, unas veces se mostraba compungida y desesperada por el dolor de su amante, y otras, en su egoísmo de mujer acostumbrada a no padecer contratiempos morales ni materiales en la vida, se mostraba indiferente a las desdichas de él.

Por eso no había querido saber qué suerte corría aún. Y por si estaba todavía encarcelado, rogaba a Dios que lo libertase e incluso lloraba y se desesperaba por él, pero no se le ocurrió hacer una indagación y mucho menos poner los medios para salvarle.

Y el infeliz, mientras tanto, la llevaba en su corazón sin poder arrancársela, consiguiendo así únicamente sufrir una continua congoja y hacérsela sufrir al mismo tiempo a Paloma.

¡Paloma! He aquí otra alma torturada.

La guapa morenita no sabía ya qué hacer para atraerse el amor de Luis. Y en vista de que por ningún medio lo lograba, decidió cierto día dar un paso decisivo para lograr su ambición, dándole unos terribles achares.

Y consecuente con su plan, los vecinos la vieron salir un día vestida con un abriguito sencillo, pero bastante mono, y tocada con un sombrero negro.

Ya antes de salir de su casa había estado haciendo una serie de gorgoritos muy raros delante del espejo, lo cual llamó la atención de su madre, quien asomándose a su habitación, le preguntó:

—Pero oye, tú, ¿es que es en serio eso de que vas a debutar?

Paloma, mientras le daba los últimos toques a su rostro, contestó, dándose importancia:

—Puede que sí.

—Más vale que trabajes—le advirtió su madre—, y no te preocu-

pes más de ese gandul. ¡Para el caso que te hace!

—Pues por eso mismo. Porque ya he visto lo que ganan las mujeres con ser buenas—replicó altaiva Paloma.

Y se fué, pavoneándose orgullosa.

Cruzó Madrid.

Y presentóse en una dirección que había subrayado en el anuncio de un periódico.

—¿Es aquí donde necesitan señoritas de conjunto?—preguntó al criado que le abrió la puerta, el cual le respondió afirmativamente y la hizo pasar ante unos señores, que se hallaban en un saloncito eligiendo muchachas para una revista.

Paloma se acercó tímidamente a ellos, y uno le preguntó:

—¿Usted ha trabajado ya?

—¿En cosas del teatro?—inquirió la muchacha.

—Naturalmente. ¿En qué iba a ser?

Paloma negó.

Otro de aquellos caballeros le indicó:

—A ver, póngase de perfil.

Ella lo hizo.

—Ande un poco.

Paloma anduvo a todo lo largo

de la estancia, moviéndose con gracia.

Cabildearon los señores aquellos y le comunicaron que al día siguiente a las tres, podía presentarse en el teatro para empezar a ensayar.

Paloma salió de allí más contenta que unas Pascuas.

Mientras tanto, en el patio de la casa donde vivían Paloma, Luis y don Aqui, estos dos últimos conversaban.

O mejor dicho: don Aqui monologaba, puesto que Luis permanecía como ensimismado, siempre con el pensamiento puesto en Maravillas.

¿Qué habría sido de ella que parecía habérsela tragado la tierra?

En vano había ido a ver a la señora Sinibaldo.

La buena mujer se compadecía de él sinceramente, pero no supo darle noticias de la señorita a la que desde el día en que a él le metieron en la cárcel no había querido volver a ver. Lo que había hecho con el pobre muchacho no tenía nombre.

Luis lo reconocía también así y sin embargo... ¡no podía olvidarla!

De pronto, don Aqui se acordó de que tenía que decirle algo de

suma importancia para él, y sacando un periódico, le dijo, señalándole un lugar del mismo:

—Fíjate, Luis, qué tragaderas tienen algunos hombres!

Cogió el periódico el muchacho, sin interés, sólo por complacer al buen amigo. Pero al darse cuenta de lo que leía, su rostro palideció mortalmente. Allí se daba la noticia de haberse celebrado la boda de la señorita Mavi Rendar con el duque de Alcor.

Luis, preso de una angustia infinita al ver que todos sus sueños y sus esperanzas se desmoronaban estrepitosamente, balbuceó:

—Pero... ¡si esto es imposible! ¡Con lo que ha pasado entre nosotros!...

Quedó anonadado, con el periódico en la mano.

Don Aquí le dió unas palmadi-

tas en la espalda, que querían significar resignación.

En aquel momento llegó Paloma, taconeando muy orgullosa por considerarse ya una futura "vedette".

Y aunque se dió cuenta de la presencia de Luis, siguió como si no le hubiera visto.

Don Aquí le tocó en el hombro al joven y le señaló a Paloma.

Luis no pudo dejar de mostrar su extrañeza al verla hasta con sombrero y tan contenta.

Don Aquí, socarrón, le dijo:

—Anda con tiento, muchacho, que si te descuidas, pierdes a esta también.

Y Luis bajó la cabeza contristado, sintiendo que algo así como celos remordían su corazón al ver el cambio que había experimentado Paloma en su modo de ser y temiendo que tras todo ello se ocultase la sombra de otro hombre.

XVI

Con don Aquí asistió al estreno de la revista.

No se podía estar quieto un mo-

mento en su butaca, presa de un extraño nerviosismo.

Hasta entonces no se había dado

UNA MORENA Y UNA RUBIA

cuenta Luis de lo que Paloma significaba para él y lo dentro del alma que la tenía metida.

Y cuando la vió medio desnuda en el escenario, en medio de un puñado de coristas, dando traspies a cada instante, a causa del azoramiento que le produjo descubrirle a él entre el público, Luis, lleno de rabia, sintióse tentado de trepar al escenario y darle un par de azotes a aquella chiquilla voluntariosa que no había tenido en cuenta el daño moral que a otros pudiera causar con su decisión.

¡Y entre esos otros se contaba él mismo!

Don Aquí no hacía más que darle codazos para que no diese él el espectáculo.

Pero Luis no se pudo contener, y al primer intercuadro, se fué al escenario y exigió ver a Paloma, con muy malos modos.

Paloma, que se hallaba en el cuarto de vestirse con las diez o doce compañeras con quienes lo compartía, era objeto de las burlas de éstas no sólo por el modo como había actuado, sino por lo compungida y pesarosa que estaba de haber tenido que salir medio en cueros ante el público.

Un señor de la Empresa asomó

las narices por la puerta y preguntó:

—¿Hay entre vosotras alguna que se llame Paloma?

—Servidora — respondió la chica.

—Pues ponte tu ropita de calle y anda con Dios, hija, y para otra vez advierte que tienes novio y con mal genio.

Paloma quedó viendo visiones.

¿Novio ella?

Desalentada, se vistió gimoteando, y salió entre la rechifla de las demás.

En el pasillo se encontró con Luis. Y lo miró con rabia.

El la cogió de un brazo y tragando bilis, la dijo:

—¡Anda para casa, loca! ¡Atreverse a salir de semejante modo!

—¡Como todas las artistas! — replicó ella, engreída.

—Artista tú?

—Porque me acabas de cortar la carrera, estúpido, que si no...

—A lucirte como esta noche, a enseñarlo ahí todo, ¿verdad? — le dijo Luis, con tono de reproche.

—¡Qué se te dará a ti que enseñe o no enseñe! Te creerás que no sé que todavía sigues rondando como alma en pena la casa de esa

señorita, o mejor dicho, señora, que ya es casada—repuso Paloma, con mordaz reticencia.

—Soy un hombre que te estima,

y que no consiente que hagas esas cosas. Eso es todo.

Y cogiéndola del brazo la obligó a marcharse con él.

XVII

Lo que había dicho Paloma era cierto.

Con el ansia de tener una explicación con Mavi, Luis había rondado varias veces el palacio del duque, esperanzado en poder tener la dicha de hallarla.

Aun después de lo acaecido con Paloma, una noche en que se celebraba un baile en la señorial casa, Luis, ocultándose con los autos que penetraban en el parque que la rodeaba, logró entrar también al sumiso jardín.

Y aproximándose a una de las ventanas, vió como su ídolo bailaba alegre, con caballeros elegantes, ajena por completo a su dolor.

De pronto la casualidad quiso que ella dirigiese la mirada hacia el lugar en que él estaba y le descubriese.

Su rostro se demudó, y pretex-

tando que se mareaba, le rogó a su pareja que la dejase.

Poco después, Luis vió avanzar por el jardín una silueta gentilísima, sobrado conocida de él.

Su corazón latió ilusionado.

Pero Mavi llegó alta, y descompuesto el semblante, le lanzó con ira estas palabras afrontosas:

—¡Pero está usted loco? ¿Cómo se ha atrevido a hacer una cosa así? ¡Salga de aquí! ¡Salga de aquí inmediatamente!

Luis la contempló estupefacto, con los ojos desorbitados. Y no resignándose con la cruel realidad, exclamó:

—¡No! ¡No es posible que me trates de ese modo! ¡No es posible que todo haya acabado!

El le tendió los brazos implorante, pero Mavi se echó hacia atrás, conteniendo su contacto.

UNA MORENA Y UNA RUBIA

—¿Qué quiere? ¿Por qué me compromete así?—rugió, llena de cólera.

Y fuera de sí, loco por ella, Luis expresó todo lo que su alma sentía con palabras rudas, pero sinceras:

—No puedo vivir sin ti, Maravillas. ¡Yo daré el escándalo si lo buscas, pero tú me oíras decirte que te quiero y que sea como sea tienes que volver conmigo.

—¡Váyase! ¡Váyase ahora mismo si no quiere que mande que le echen!

Su actitud era inapelable.

Y Luis, completamente anonadado, con la muerte en el alma, se alejó tambaleándose.

Y mientras ella regresaba al salón, presurosa, agitado su pecho por convulsiones de furor, Luis, con la cabeza baja, hundida en el pecho la barbilla, trasponía la verja del jardín, creyendo que el mundo había acabado para él.

Tan sin conciencia andaba que no oyó el claxon de un automóvil que se le echaba encima.

Y aun cuando el conductor hizo

todo lo humanamente posible para evitar el atropello, su buena intención falló, y Luis cayó al suelo entre las ruedas del coche.

* * *

Y cuando Luis, libre de la fiebre y el delirio que le había tenido sin noción alguna de las cosas que le rodeaban, logró salir de su marasmo, vió que sobre la misma almohada de su lecho descansaba una cabeza femenina.

Paloma, sentada junto a la cama, habíase quedado dormida, al cabo de tantos días de infatigable velar por él.

Una honda emoción llenó su pecho.

Se incorporó poco a poco, y se fué inclinando hasta rozar con su aliento la cara de la joven.

Paloma despertó dulcemente y al ver a Luis mirándola con ternura, descubrió en sus ojos todo el amor que había sabido, al fin, encender en su corazón.

Y sus labios se fundieron en un beso largo, sincero y purísimo.

FIN

Exclusiva de distribución: Sociedad General Española de Librería.—Barbará: 16, Barcelona

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las Ediciones Especiales de

La Novela Semanal Cinematográfica

LIBROS PUBLICADOS:

| | |
|--------------------------------------|---|
| La viuda alegre | Virgenes modernas. |
| El gran desfile. | El pagano de Tahiti. |
| Miguel Strogoff o el Correo del Zar. | Estrellas dichosas. |
| La princesa que supo amar. | La senda del 98. |
| El coche número 12. | Esto es al cielo. |
| Sin familia. | Espijsmos. |
| Mare Nostrum. | Orquídeas salvajes. |
| Nantás, el hombre que se vendió. | El caballero. |
| Cobra | Egoísmo. |
| El fin de Montecarlo. | La máscara del diablo. |
| Vida bohemia. | El pan nuestro de cada día. |
| Zazá. | Vieja hidalguía. |
| Adiós, juventud! | Posesión. |
| El judío errante | Tentación. |
| La mujer desnuda. | La pecadora. |
| La tía Ramona. | El beso. |
| Casanova. | Ella se va a la guerra. |
| Hotel imperial. | Los hijos de nadie. |
| Don Juan, el burlador de Sevilla. | El pescador de perlas. |
| Noche nupcial. | Santa Isabel de Cercs. |
| El séptimo cielo | Las dos huérfanas. |
| Beau Geste. | La canción de la estepa. |
| Los vencedores del fuego. | El precio de un beso. |
| La mariposa de oro. | La rapsodia del recuerdo. |
| Ben-Hur. | Delikatessen. |
| El demonio y la carne. | Del mismo barro. |
| La castellana del Líbano. | Estréllados. |
| La tierra de todos. | Cuarto de infantería. |
| Trípoli. | Olimpia. |
| El rey de reyes. | Monsieur Sans-Géne. |
| La ciudad castigada. | Sombras de gloria. |
| Sangre y arena. | Mamba. |
| Aguilas triunfantes. | Ladrón de amor. |
| El sargento Malacara. | Molly (la gran parada). |
| El capitán Sorrell. | El valiente. |
| El jardín del edén. | ¡De frente... marchen! |
| La princesa mártir. | Prim. |
| Ramona. | El presidio. |
| Dos amantes. | Romance. |
| El príncipe estudiante. | El gran charco. |
| Ana Karenine. | Tempestad. |
| El destino de la carne. | El dios del mar. |
| La mujer divina. | Anne Christie. |
| Alas. | Sevilla de mis amores. |
| Cuatro hijos. | Horizontes nuevos. |
| El carnaval de Venecia. | Ben-Hur (edición popular). |
| El ángel de la calle. | La incorregible. |
| La última cita. | El malo. |
| El enemigo. | El pavo real. |
| Amantes. | Bajo los techos de París. |
| La bailarina de la Ope- ra. | Wu-li-chang. |
| Moulin Rouge. | Montecarlo. |
| Ben Ali. | Cannino del infierno. |
| Los cuatro diablos. | ¡Mío serás! |
| Ric, payaso, ric! | ¡Aleluya! |
| Volga, Volga. | La mujer que amamos. |
| La sinfonía patética. | Al compás de 3/4. |
| Un cierto muchacho. | La princesa se enamora. |
| Nostalgia. | Amanecer de amor. |
| La ruta de Singapore. | El gran desfile (edición popular). |
| La actriz. | Du Barry, mujer de pasión. |
| Mister Wu. | La ruta de Singapore. |
| Renacer. | La viuda alegre (edición popular). |
| El despertar. | Ángeles del infierno. |
| La melodía del amor. | Cuerpo y alma. |
| Las tres pasiones. | El impostor. |
| Cristina, la Holandesa. | Esposa a medias. |
| ¡Viva Madrid, que es mi pueblo! | Esclavas de la moda. |
| Sombras blancas. | Petit Café. |
| La copla andaluza. | Hay que casar al príncipe-Congorila (fuera de serie). |
| Los cosacos. | Inspiración. |
| Icaros. | Carceleras. |
| El conde de Montecristo. | Eraser una vez un vals. |
| La mujer ligera. | En cada puerto un amor. |
| | Niebla. |
| | |

Que han constituido otros tantos éxitos para esta colección, considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.

Próximo número:

La sensacional producción, basada en la obra de **Pirandello**

COMO TU ME DESEAS

Interpretada por la inimitable **Greta Garbo.**

En preparación:

20.000 AÑOS EN SING-SING

Formidable asunto de la WARNER BROSS-FIRST NATIONAL.

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

NO SE DEJE USTED SORPRENDER!

EXIJA SIEMPRE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Pida los últimos catálogos, gratis y sin compromiso, y se le remitirán por riguroso turno.

Ediciones BISTAGNE

le recomienda las siguientes publicaciones:

Exitos cinematográficos

Publicación semanal a base de películas de relieve - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

Los mejores films

Publicación semanal de gran presentación - Ilustraciones en papel couché.

Precio: 50 cts.

La Novela Cinematográfica del Hogar

52 páginas de texto. - 5 Ilustraciones interiores.
Postal-regalo.

Precio 50 cts.

EL SOBRE SEMANAL

y EL SOBRE DE CINE SONORO

Conteniendo una novelita de cine completa con su correspondiente postal, a 15 cts.

AVENTURAS FILM

Asuntos de emoción, completos, inmejorable presentación y excelente texto, a 15 cts.

Caballistas del Oeste

Novela de aventuras para muchachos.

15 cts.

Colección Idolos populares

Biografía de los artistas favoritos de la juventud. Cómo se formaron. Cómo llegaron a artistas de cine.

Precio 15 cts.

Y LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.
250 títulos publicados.

Precio: 1 peseta

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis. BARCELONA

E. B.

Precio: Una peseta